



Mujer en dos tiempos

Karla Moreno Chacón







Mujer en dos tiempos

Karla Moreno Chacón

Premios DEMAC 2003-2004



México, 2004





Primera edición, octubre 2004



Mujer en dos tiempos
por
Karla Moreno Chacón

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2004, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208
Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx
demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 968-6851-44-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.





ÍNDICE

Presentación	9
Mujer en dos tiempos I	15
Mujer en dos tiempos II	47





*Abuelo, como te lo prometí...
A mi Dios,
a mis padres Lupita y Gilberto,
a Ivonne, mi hermanita y compañera de aventuras.*





PRESENTACIÓN

Ésta es la historia de dos mujeres distintas, dos mujeres mexicanas que vivieron, sintieron, sufrieron y amaron como cualquier otra. Tomado de auténticos diarios personales y memorias, rescato la historia de sor María Felipa de la Santísima Trinidad, una monja del siglo XVIII, y de Eunice, una joven profesionista de nuestro tiempo. A la primera, su confesor le solicita el manuscrito “para benéfico ejercicio de su alma”; a la segunda, su psicóloga le sugiere que lleve un recuento de su situación mediante un diario.

En los años noventa, fui reportera de televisión en la ciudad de Querétaro y tenía asignadas notas y reportajes culturales y artísticos; gracias a esto tuve acceso a una muy variada información de la que rescato el diario de la monja clarisa sor María Felipa de la Santísima Trinidad, quien llevaba un diario de su vida monacal.

Eunice fue mi compañera en la universidad, una mujer que vivió extrañas situaciones. Ella me entregó el diario que escribió unos años antes de casarse, para salvaguardarlo de la mirada de su marido y porque le dolía destruirlo. Eunice es una joven contemporánea que, deseosa de aclarar un misterio que lleva a cuestras, lo plasma sobre el papel para descifrarlo y comprenderse a sí misma. Lo escrito me llama la atención por los sucesos que la rodearon, algunos casi inverosímiles y, por lo tanto, difíciles de aceptar por su familia y conocidos. Para evitar futuros problemas decidió dejarlo atrás, totalmente apartado de su nueva vida, la que formó al lado de su esposo. He retomado su texto por diversas causas

que el lector conocerá en su momento, y estará de acuerdo conmigo en que su historia es digna de ser contada.

Me atrevo a compartirlas porque las dos historias son protagonizadas y escritas por dos mujeres que, aun sin saberlo, tienen algo interesante que transmitir a los demás.

Mediante estos diarios nos asomamos a momentos en las vidas de otras mujeres e irrumpimos en ellas sin poder modificarlas en lo absoluto; ellas, a su vez, irrumpen en nuestra vida con el riesgo de permanecer para siempre.

Mi computadora no tocó ninguno de los manuscritos más que para darles una leve corrección de estilo y resumir algunos pasajes, pero la historia está ahí en su esencia básica, sin más alteraciones ni modificaciones, sin fantasías ni ficciones.

ACERCA DEL TEXTO DE SOR MARÍA FELIPA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

En la biblioteca del ex convento de San Francisco, en la ciudad de Querétaro, hay un muy vasto acervo de volúmenes de contenido religioso que datan desde el siglo XVI. Se trata de documentos que expropió el gobierno en la época de la Reforma y que ahora son conservados en este centro, sede del Instituto Nacional de Antropología e Historia del estado y del Museo Regional de Querétaro.

Es una biblioteca muy especial a la que sólo se accede mediante permisos que avalen al investigador y únicamente para consultar en el Instituto. Platicando con un antropólogo e historiador, al que entrevisté para otro reportaje, me comentó que tenía noticias de este diario del siglo XVIII, pero que lamentablemente no pertenecía a la biblioteca sino que estaba muy bien guardado en algún lugar que ignoraba; incluso sospechaba que si en verdad existía, ya estaría desaparecido. Al verme tan interesada en el asunto para

hacer un reportaje, me sugirió dirigirme al patronato del templo de Santa Clara, ubicado en la calle de Madero, en el centro de la ciudad, para ver la posibilidad de consultarlo. Así lo hice y me prometieron localizarlo, pues no lo guardaban exactamente en el templo. Esa misma tarde llamé al historiador para confirmarle la existencia del manuscrito y decirle que lo buscarían y me permitirían verlo. Después de explicar para qué lo quería exactamente, me dejarían consultarlo con la condición de no publicar, bajo ninguna circunstancia, el lugar donde se encontraba el manuscrito, pues deseaban salvaguardarlo, junto con algunos otros, de investigadores, historiadores, etc., que intentaran declararlo patrimonio de la nación y sacar de su biblioteca y de la memoria de la iglesia de Santa Clara tan precioso tesoro.

El historiador no podría asistir a revisarlo con tanto detenimiento como hubiera querido, sólo lo vería mientras se grababa el reportaje. El patronato del templo amablemente me ofreció la sacristía para leerlo, además de poner una paleógrafa del Centro Histórico a mi disposición para que me ayudara a descifrar la difícil caligrafía itálica que, en ciertos casos, resulta tan enredada que no se entiende, además de incluir algunos textos en latín y otros completamente borrosos por el paso del tiempo. La paleógrafa estuvo conmigo durante toda la lectura.

Descifrarlo en su totalidad fue un trabajo de meses; además, yo debía indagar la identidad de la religiosa y la autenticidad de la obra. Lo que dificultaba todo era que el volumen no debía ser visto por cualquiera ni salir de la biblioteca; no podía ser fotografiado y mucho menos fotocopiado. Cuidaban tanto su acervo —que incluía más diarios y documentos—, porque tenían la intención de microfilmarlos y conservarlos en cristal al alto vacío para preservarlos del paso del tiempo. No supe si llegaron a hacerlo.

Para entrevistar a los investigadores y especialistas que podrían ayudarme a conocer más acerca del manuscrito, tuve que citarlos, previo permiso del patronato, en la sacristía de la iglesia

de Santa Clara, así como a los camarógrafos que harían la grabación. Hasta ese momento los historiadores pudieron echarle un ojo y verificar su autenticidad, así como darme algunos detalles técnicos de utilidad. El mismo historiador que me habló de la existencia del libro no lo conocía físicamente y estuvo gratamente emocionado de tenerlo entre sus manos.

Me explicó que se trataba de papel artesanal hecho con trapos, una especie de cola, prensado manualmente y secado al sol. La tinta del manuscrito era color sepia por la antigüedad de la obra, y los forros de cuero estaban trabajados también artesanalmente. En la primera página se asienta el año y el nombre de sor María Felipa de la Santísima Trinidad, monja clarisa. Está dividido en dos partes: la primera dice, a manera de título, “Sor María Felipa de la Santísima Trinidad, religiosa clarisa”; la segunda, “Santo desierto místico, monasterio y jardín de flores en que el divino esposo habla de amores enseñando a la esposa, el amante Jesús, a seguir fervorosa la senda de la cruz”.

En este caso únicamente reproduzco la primera parte, en que narra su vida y recuerdos, pues el segundo manuscrito es totalmente místico y, aunque no carece de interés, por ser teológico sale del marco de esta compilación.

Poco tiempo antes de investigar para este reportaje, una colega mía había realizado otro acerca de la momia de una monja que acababan de hallar, en el año de 1995, en las criptas del mismo templo. Dicha momia vestía el hábito de clarisa y tenía la boca semiabierta, la cabeza ladeada y, entre sus manos, un frasquito de vidrio de unas dos pulgadas, sellado con un corcho, dentro del que había un papelito que simplemente decía “sor Felipa del Sagrado Corazón de Jesús”.

Al difundir el hallazgo el sacristán de la iglesia, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Querétaro retiró inmediatamente la momia para analizarla y limpiarla; intentaban restaurarla en la medida de lo posible, pues aunque momificado, el cuerpo

lucía bastante deteriorado por el abandono. El patronato se encontraba molesto porque los estudios duraban ya meses y no la devolvían; alegaban que la momia le pertenecía al convento y no al INAH. Ese tipo de problemas, que se suscitan casi siempre entre las dos partes, era la razón por la que tenían tantas reservas con su biblioteca. Sin embargo, nada o muy poco sabían acerca de este manuscrito, nadie lo había leído, no tenían una bitácora o bibliografía en forma, ni suficientes recursos para preservar esos volúmenes.

Narro lo anterior porque tanto para el patronato como para mí el descubrimiento del manuscrito constituyó una novedad y una verdadera sorpresa, y justo en esos meses se realizaba la investigación y el análisis para determinar la fecha de la que databa la momia, por lo que el patronato y yo esperábamos que se tratara de la misma monja, pues en principio el nombre coincidía.

Después de aplicarle las pruebas del carbono 14 al hallazgo, resultó que era mucho más reciente. Se trataba de una religiosa clarisa de alrededor de 1800 o 1850. Tiempo después salieron a la luz datos de varias monjas más que llevaban el nombre de María Filipa o María Felipa, así que fue imposible dar con su identidad, pues buscando en archivos y actas de nacimiento no encontré rastros que confirmaran su existencia, o al menos que fuera natural de Santiago de Querétaro, como ella misma afirma en su diario. Sin embargo, el manuscrito es original de esa época, según estudios posteriores que se llevaron a cabo, ya que tanto la caligrafía como el material de que está compuesto el papel (que es orgánico) y la tinta, corresponden al siglo XVIII y, por tanto, es muy probable que sor María Felipa de la Santísima Trinidad fuera un personaje real.

Esta monja, inocente y candorosa, nos da la oportunidad de conocer las actitudes, pensamientos y formas de vida de una mujer mexicana del siglo XVIII; por su parte, Eunice se revela, en su manuscrito, como una mujer completamente sobrenatural. Evidentemente las dos mujeres contrastan en muchos aspectos, comenzando

por la época a la que pertenecen, pero también es cierto que las dos son mujeres, son mexicanas y dejaron un testimonio que jamás sospecharon que algún día sería compartido con otros.

Karla Moreno Chacón

MUJER EN DOS TIEMPOS I

Sor María Felipa de la Santísima Trinidad
Monja clarisa en Querétaro, México, año de 1785

Santiago de Querétaro, septiembre 2 de 1785

Vuestra reverencia, mi confesor y guía espiritual, mándame iniciar hoy esta relación para benéfico ejercicio de mi alma. Pues con el permiso de V. M. y con la bendición de Dios Todopoderoso, de Santa María Virgen, Reina de los cielos concebida sin mácula, obedezco a V. R., mi guía, en lo que me encomienda y manda y que así se cumpla.

No teniendo más que decir que soy natural de esta ciudad de Santiago de Querétaro y nacida de mi madre en el año del Señor de mil y setecientos y sesenta, soy religiosa profesa en el monasterio de Santa Clara de Jesús de esta propia ciudad de Santiago de Querétaro.

Me declaro hija legítima de don Juan Manuel de Zárate y Dávalos, natural de la provincia de Santander, y de doña María Josefa de Perea, natural de la misma provincia española, y que santa gloria hayan. Mis hermanos mayores, de nombre don José Manuel y don José Martín de Zárate, [están] avecindados en Querétaro. José Manuel es mercader en géneros y José Martín sacerdote franciscano.

Mi hermano José Manuel púsome monja en este convento, dicho de Santa Clara. Profesé a los diecisiete años cumplidos como

religiosa clarisa de nombre sor María Felipa de la Santísima Trinidad.

Confesor mío y padre reverendo:

Hoy inicio este diario, como habéis solicitado, hablando de mi niñez en casa de mis padres, de mi vida y mis recuerdos en el siglo. Mi padre fue comerciante y viajó por distintas provincias trayendo mercancías y géneros venidos del Asia y de Europa. Mi madre, doña María Josefa, fue una grande señora que enseñóme muchas cosas y cualidades, como bordar, tocar el clavecín, cantar, preparar guisos y laborar dulces y frutas de horno; me enseñó los números, a leer y escribir y muchas más cosas que largo sería de relatar, entre éstas las cosas de Dios.

La casa de mis padres está todavía a este tiempo en esta ciudad y es la que habita mi hermano don José Manuel en la calle de Santiago. En la dicha casa están tapices traídos de Flandes de los que mi padre comerciaba cuando traía mercancía, hay alfombras de Alcaraz, bargueños incrustados de concha nácar, braceros de plata de martillo, contadores, bufetes, partestrados, biombos, candiles y tibores. Recuerdo las cuatro estancias en que se recibían visitas para las tertulias, las reuniones de la familia y las comidas; el comedor principal se encontraba en el piso alto junto a la cocina, que era toda cubierta de azulejos de Talavera de la Reina. A las estancias del segundo patio casi no entrábamos, pues ahí mi padre almacenaba y enseñaba la mercancía. En la cochera siempre había sillas de manos, una estufa chapada de carey, dos forlones y un carricoche para el camino.

En mi dormitorio tuve una cama con dosel y almohadas terreras de raso y de tisú, escribanía, tapices, candiles y dos sitiales, además de un clavecín de mi propiedad, que fue de mi madre, y que me han permitido y que tuve conmigo en esta santa casa junto con mis más muebles que truje y otros que me fueron así donados. Los vestidos que poseí en el siglo eran muchos y muy hermosos y variados; de brocados, de seda, con encajes, de terciopelo, de

cambrayes y bramantes, así como de otros y muy variados géneros... Asimismo tuve también mantillas, abanicos de carey y de concha, peinetas y más cosas que mi padre me procuraba.

Santiago de Querétaro, septiembre 3 de 1785

Padre reverendo, yo en el mundo tuve muchas vanidades y estuve llena de lisonjas y primores; mas mi vida y camino habían de ser estos y no otros, pues que el mayorazgo pertenecía a don José Manuel, mi hermano. Y si me solicita y demanda V. R. que así también dé relación cómo es que estoy en este convento, sabed vuestra reverencia que los cortejadores huyeron de la ira de mis hermanos y más de José Martín que, aunque ahora es clérigo por no perder sus pasos, antes de serlo tuvo dos duelos a muerte con aquellos mis amantes, pues era de verse cómo le complacían las armas y tenía, y aún tiene, lanzas, dagas, espadas negras y espadas de las de virtud con reliquias de santos que el señor mi padre mandóle traer desde Toledo.

Uno de mis cortejadores llamábase don Francisco de Olaciregui, señor muy liberal y de distinguidas costumbres, aunque viejo y tuerto de un ojo, y contaba que así quedó de resultas de una feroz pelea que hizo él solo con otros tres caballeros por disputas de honor y que así lo habían dejado, aunque ellos resultaron peor. Pues este don Francisco Olaciregui hacíale los honores a nuestra mesa con harta frecuencia, y a mis padres parecíales bien para desposarme, además de ser cristiano viejo y de gozar de los frutos de dos haciendas en Mechoacán y en Querétaro.

Mas mi hermano don José Martín, estando una noche en cierto lugar de no buenas costumbres, vióle ahí jugando entre tahúres y perdiendo grandes dineros, lo que a José Martín no pareció bien, y después de dar noticia a mis padres, el mismo José Martín se enteró de que el dicho don Juan ya no tenía ni trazas de su fortuna y

que así sería mejor despedirlo para siempre como cortejador, pues sin fortuna no había de vivir de lo de mis padres, así que a mi hermano mayor, don José Manuel, tampoco le pareció bien, pues él tendría el mayorazgo y no le habían de mermar. Don José Martín por ser diestro lo retó a duelo, pero don Francisco también lo era, y mi hermano estuvo en trance de muerte hartos días por una grande herida que le hizo en el costado, aunque no murió porque por la gracia de Dios y de la Santísima Virgen María, don Francisco usaba también de una espada de las de virtud y así no lo mató, como se echa de ver, por merced celestial.

Viendo don Juan esto, y que ya no estaba en gracia con la familia, dijo a mis padres que se retornaba a la capital, pues que ya había convenido matrimonio con una noble dama muy cercana a la corte del virrey. Don José Manuel se puso harto contento con la noticia y yo más todavía, pues que no tenía y nunca tuve ninguna gana de ser mujer de tamaño bellaco.

Otro cortejador quiso desposarme y tuvo a bien visitar a mi padre para tratarle del asunto, pues además tenían relación de negocios y mercaderías. Al enterarse por los criados de quien se trataba, José Martín bajó la escalera y cruzó la cochera hecho una furia, ya con la espada presta, y retó a don Pedro de Orduña, tratándole de infame, pues que tenía conocimiento de que el dicho don Pedro de Orduña era judío confeso y no mancillaría el buen nombre de la familia de Zárate y Perea. Don Pedro, ofendido con lo de judío, también usó de su arma y se enlazaron en un duelo terrible con el que le vino a mi padre un ataque que lo dejó afectado por la bilis y del que nunca se repuso, porque después de eso falleció. De dicho duelo don Pedro quedó muy malherido, por decir lo menos, y tan afrentado que nunca más regresó.

Después de ese lance mi vida no fue igual, porque conozca V. R. que a la señora mi madre le sobrevinieron también unos males con calenturas que la tuvieron en cama de tan mala, y no quiso el Señor que viviera. Dende la muerte de mi señor padre, ya los negocios

pasaron a mi hermano don José Manuel, mientras que don José Martín hubo de meterse a clérigo, pues no hallaría más vida ni bienes al lado de mi hermano.

Santiago de Querétaro, septiembre 4 de 1785

En cuanto murieron los señores mis padres, José Manuel tomó estado con doña María Fernanda de la Mora y llevóla a vivir a nuestra casa; la señora es criolla y goza de la fortuna de su padre, que aún vive.

El poco tiempo que estuve y tuve la desdicha de vivir con doña María Fernanda, cuando mi hermano la desposó, fue insufrible; no sólo conmigo sino también con los criados, y más con Juana, la esclava negra y sus dos negrillos, a los que daba azotes por todo. No había cosa que me dejase hacer ni decidir, pues que en todo y por todo decía siempre: “¡Que aquí la ama soy yo y no otra! ¿No he pues de gobernar en mi casa?” Y después de decir esto retirábase de a gran señora.

Si los negrillos de la esclava jugaban o metían bulla, los azotaba ella misma con gran pena de Juana. Un día mi hermano José Manuel, viendo que azotaba al menor, le gritó airado que no maltratara más ni a la negra Juana ni a los negritos, pues que esos, aunque oscuros, eran, señor, hijos suyos también y parientes, por tanto, de María Fernanda. No hubiera hecho tal, pues que María Fernanda se alteró tanto que estuvo a punto de azotar también a José Manuel, y fuese hasta donde Juana para volver a maltratarla con el látigo y a tratarla de disoluta y cosas peores. Después la señora solicitó a mi hermano se llevara a la negra y a sus mulatillos de allí y que los vendiera o donara, pues que ella no los sufriría más, y menos después de conocer aquella ignominia; que los vendiese a otra familia y con esos dineros mercara otro esclavo que sí trabajase. Muchas veces se lo dijo y otras tantas mi hermano se

negó a hacerlo, pues que le dolía su sangre. Yo quise convencerlo de darles la libertad y él lo hizo, y además les dio dote, eso tampoco pareció bien a la señora María Fernanda, pero José Manuel la calmó trayéndole en cambio otros dos esclavos fornidos y trabajadores con los que quedó satisfecha.

Como Juana ya no estaba más, doña María Fernanda se dedicó a perseguirme a mí y a los otros criados; que si porque yo mandaba a los criados y lo hacía mal, que si los guisos que preparaba no los aderezaba como ella... Y si hacía fiestas, yo no estaba convidada, pues que la ama era ella.

Un día vi cómo echaba bajo llave los dulces, la manteca, las frutas, el vino, las aceitunas y el pan; a todo ponía llave en las arcas para evitar que los criados o yo los comiésemos, y contéle a José Manuel; ella que lo oyó, dijo que me dedicaba a espiarla y que no había paso que diera por la casa sin que yo dejara de seguirla; sólo le dije que guardaba de mi alcance los dulces y era avara con la comida. Afrentada, dijo que quería resguardar su hacienda de los otros, pues que era de ellos; contestéle que era la hacienda de nuestro padre y le di razones, pero ella cogió una cazuela de la cocina y con la misma me perseguía para darme en la cabeza dando voces, así que mi hermano la contuvo, pero le dejó la llave.

Tiempo después, y repentinamente, el carácter de doña María Fernanda tornóse un dulce. Era ella toda suavidad. Los criados y yo temimos, pues tal medra le teníamos que pensamos era seña de algo peor. Hasta con su marido don José Manuel era suave, cariñosa y obediente. Comportóse así por varios meses, y a poco los criados me hicieron ver que los alimentos de la cocina desaparecían, y que María Fernanda, única dueña de la llave, comía más dulces de lo acostumbrado y así empezó a ponerse cada vez más gruesa, y tanto, que no daba paso sin queja ni dolor, y aun se hacía necesario que las criadas la acudieran para cualquier cosa que hubiese menester. Dejó de usar los hermosos vestidos que el señor mi hermano le había procurado y andaba por la casa metida en ropas horribles y enormes.

Santiago de Querétaro, septiembre 5 de 1785

Los criados, yo y el propio José Manuel nos holgábamos del buen carácter de María Fernanda y de lo mucho que deseábamos permaneciese así por siempre. Lo que no nos placía eran las molestias que su gordura dábanos a todos, pues hacía necesario curarla y auxiliarla en todo momento. Aunque la cocinera reíase mucho cuidando de no ser vista y aun se alegraba de que doña María Fernanda ahora era mucho más obesa de lo que era ella.

Pasados unos meses, resultó que el caso no era más sino que doña María Fernanda pronto daría a luz a un niño. Mi hermano se puso a cual más de contento, porque ya llegaba el primogénito y redobló sus atenciones y cuidados para con María Fernanda, que mantenía su carácter sereno y apacible.

Una terrible noche llegó al mundo la criatura. La comadrona había estado con María Fernanda toda la tarde, también estábamos en sus aposentos dos criadas y la cocinera, que decíase conocedora del tema por haber parido diez hijos. Después de grandes fatigas salió al mundo la infeliz criatura, y la digo infeliz porque lo fue casi desde que nació y seguramente lo sigue siendo. Porque lo que nació fue un niño negrito, iobsкуро, señor, como nadie lo era en la familia! La partera miraba a María Fernanda como azorada, al igual que todas las presentes. María Fernanda preguntó qué era lo que nos pasaba, cuando la partera santiguándose le entregó al niño y María Fernanda al mirarlo casi se desmaya y empieza a dar de gritos y a cubrirse la cara y a tirarse de los cabellos. Al sentir tal escándalo, mi hermano trata de entrar, y Petra corre hasta la puerta para impedirle el paso, don José Manuel preguntó qué pasaba y Petra, que es bastante ingeniosa, le contestó que aún estaba el parto y que aunque doña María Fernanda sufría de grandes dolores, todo marchaba.

Pero la cosa no era para ocultarse por mucho más tiempo, así que ya compuesta María Fernanda y el niño cobijado, ordénanos

a todas salir del aposento y me manda que llame a mi hermano. Yo, que salgo aún aturdida por lo acaecido, sólo acierto a decirle a José Manuel que su mujer lo demanda, y él me interroga sobre el niño, pues que le urgía conocer del género y yo, sin mirarlo ya a los ojos, le digo que sí, que es un niño y me escabullo por el pasillo dejándolo contentísimo. Al mirar que cruza la puerta, regreso junto con Petra y la partera hasta el umbral para conocer en qué acaba todo.

Por un tiempecillo no se escuchó nada, pero después oímos la voz de mi hermano que grita: “¿Y por qué es negro?” Y todas nosotras saltamos. Después ya sólo se oyeron los lamentos de María Fernanda y las voces airadas de José Manuel. “¿Pero quién puede ser el padre?”, pregunté. “Y quién más había de ser que uno de esos esclavos que vuestro propio hermano le regaló cuando corrió a la negra Juana, por eso los maridos no debieran dar a sus mujeres sino esclavas hembras”, me dijo Petra.

A poco salió mi hermano contristadísimo e intentando ocultar el llanto con la capa y no quiso hablar con ninguna de nosotras. Así que lo vimos, entramos otra vez a donde María Fernanda que gritaba y lloraba diciendo que retirásemos de ahí a ese niño, que ese hijo no era suyo, que lo lleváramos a do su madre estaba y que a ella tornásemos el propio que seguramente teníamos disimulado en otra parte. Petra, al ver que aventaba al dicho negrito, lo tomó entre sus brazos y llevóselo de ahí; María Fernanda gritó varias veces que no quería mirar otra vez a ese niño que no era el suyo, que nos lo llevásemos de la casa, y preguntaba que a dónde estaba su hijo. Tratamos de consolarla y de decirle que ése era su hijo, y ella tornaba a gritar más y más que por qué le teníamos a su hijo, que lo volviésemos a la casa, así que la oyó Petra, viene con el negrito en brazos, y otra vez María Fernanda dio de voces que tal no, pues que no era el suyo, que su hijo seguro lo habíamos donado a otros o que le hacíamos esa burla de parte de su marido que la quería repudiar. Y por más que buscásemos convencerla, ella volvía a lo

mismo; así nos estuvimos casi hasta el amanecer. Y en tanto, Petra dio de comer a la criatura la leche que encontró, y la durmió en la camilla que se había dispuesto justo para el hijo de mi hermano.

En cuanto hubo llegado el nuevo día, mi hermano se acercó a do estaba la camita del recién nacido, creo que para confirmar lo que sus ojos habían presenciado antes, que el niño era negro y había pasado por hijo suyo y de su mujer. Dolido por la afrenta fue otra vez a donde María Fernanda y le dijo que ahora estaba mala y que sería injusticia sacarla así de la casa, mas que en cuanto estuviera buena le hiciera la merced de abandonar la casa junto con su hijo bastardo, porque él, José Manuel, jamás le reconocería de vuelta como su mujer y mucho menos daría su nombre a un hijo que lo era de todos menos suyo. María Fernanda se afrentó primero, después suplicó, y por último juró y dijo además, entre muchas otras cosas, que ése era hijo del malo, concebido sin duda por brujerías que unas vecinas habíanle hecho y que ella no tenía parte ni culpa ninguna en el asunto, pues que jamás otro hombre más que José Manuel había la conocido ni antes ni después, que de brujería, pues, se trataba.

A mi hermano no convencieron sus ruegos ni sus juramentos, y díjole además que antes de marcharse le señalara cuyo era el padre del niño. Mandó traer a los esclavos negros y los presentó frente a ella para que dijera a mi hermano cuál de los dos era el culpable de la deshonra de la casa y de la afrenta que a su nombre y al de sus padres y abuelos tal había cometido, pues que le puniría ya mismo.

María Fernanda se estuvo mucho tiempo en silencio y miraba a los dos negros, y ellos no osaban subir la vista más allá del suelo, y así hasta que ella mentó el nombre de uno de ellos, Sebastián, el más joven, y dijo también que ella había sido forzada por el esclavo y que no osó declararlo nunca por temor y vergüenza de que esto se conociera. Y aún pidió María Fernanda que el caso no se supiera más allá de esas paredes, pues que su honra quedaría entredicha.

Airado, mi hermano llevóse de ahí al negro y bajó con él hasta el granero para dotarlo de varias gruesas de azotes. Así que lo hubo azotado, regresó a donde María Fernanda yacía para decirle que se diese prisa en ponerse buena, que la calle la esperaba, pues que de ella era. María Fernanda, así que lo vio tan airado, díjole que pasara ese su error por esta vez, que al fin negro era el que tal había hecho, y por ser esto y en su calidad de esclavo, no llegaba a ser un hombre cabal el de la afrenta, y sólo un verdadero hombre alcanzaría a ensuciar y ofender la honra de otro hombre y que así quedase aquello, se deshiciesen del niño y no se dijese más.

José Manuel, al escuchar esto, respondióle que a ella no le pareció ese esclavo ser menos hombre cuando cometió la infamia y repitióle que la calle la esperaba a ella y a su hijo. Y con esto dicho salió de la cámara.

Santiago de Querétaro, septiembre 6 de 1785

María Fernanda solicitóme rogara yo a mi hermano para que su juicio fuera menos severo con ella. Yo, con medra y todo, acerquéme a José Manuel y díjele que bien podía pasar aquello y que María Fernanda parecía decir verdad. Respondióme que dolido estaba porque aquella mujer a quien amaba tal había hecho, y así Sebastián la hubiese forzado, ella debió decirlo entonces y no esperar a que saliera aquella criatura negra de sus entrañas.

Yo dije aún que pensara en la honra de la familia y que podía salvarla dejando pasar aquello y ocultando el hecho, pues de echar a María Fernanda de la casa todos conocerían la vergüenza que iría en su demérito de marido. Al escuchar tal, dijo que lo decidiría al día siguiente, pero que esa mujer y ese esclavo no esperasen pasar sin castigo.

Esa misma tarde mi hermano salió de la casa y no regresó en toda la noche ni en los tres días siguientes. Como no sabíamos a

dónde hallarle fuímos hasta donde María Fernanda que le demandaba y no acertábamos a darle razón.

El niño era atendido por Petra, pues que la madre no sufría ni que se lo mentásemos. Así las cosas, fuímos para la iglesia y relatamos al señor cura lo acaecido. Así que lo supo, fuese con nosotras hasta la casa para esperar a mi hermano, pero como no llegó, avisamos a María Fernanda que ahí estaba el cura y ella solicitó confesión. Largo rato estuvo con ella en sus aposentos, y luego de que hablaron salió el padre y dijonos que era necesario hablase con José Manuel, y que así que llegase lo dijésemos a mi hermano.

Ya toda esa tarde y esa noche estúvose María Fernanda más sosegada y permaneció en cama, mas nunca demandó mirar a su hijo. A mí me movía a compasión el ver a aquella criatura sin madre ni padre que le quisieran. ¡Y qué distinta habría aparecido para él la suerte si hubiese sido de color blanco! Pero el infortunio había llegado a nuestra familia desde el momento en que nació.

Mi otro hermano, don José Martín, llegó hasta la casa requerido por María Fernanda y, en viéndola y conociendo lo acaecido, aconsejóla de pedir perdón a su marido y mandar al niño para otra casa haciendo cuenta que nada hubiese sucedido. Ella dijo que lo mismo había dicho a José Manuel y que éste se había negado y no sabía qué más hacer para evitar su repudio, pues que él no quería aceptar que el esclavo la había forzado.

En eso estaban cuando llegó José Manuel y entró hasta la cámara de María Fernanda y solicitó a José Martín los dejase solos. No supimos de lo que se trató, el caso es que luego que salió del aposento, José Manuel se llegó hasta donde estaba el niño para levantarlo y, tal como estaba, a poco salió de la casa con él. Petra decía que aún debía criarse más para podérselo llevar, pero ni siquiera la escuchó. No conocimos más del niño, ni mi hermano quiso dar razones a nadie sobre su paradero. Después vino el cura de la iglesia y trató del asunto con mi hermano, aunque no conocimos tampoco lo que con él habló ni la cuestión a la que llegaron, sólo

vimos cómo ya José Manuel mudó de modo y ya no mencionó más de lo acaecido con nadie. Sólo a los dos esclavos de María Fernanda, Joaquín y Sebastián, lleváronselos luego de la casa, creo que a servir a otra, y en adelante sólo hubo mujeres sirviendo en la nuestra. Así, lo mismo se mentó a las amistades de la casa que enterándose habían de la espera del niño: que la dicha criatura había nacido muerta y que evitasen tocar el tema delante de ella, pues que dolíale mucho.

Santiago de Querétaro, septiembre 8 de 1785

Ya pasado un tiempo, doña María Fernanda se puso buena y otra vez anduvo por la casa como si tal cosa y tornó a aderezarse y a usar de las ropas buenas que tenía de antes. Y estando así las cosas, conocimos por boca de la misma Petra que el negrito estaba con una familia del centro de la ciudad y que le criaban para servir después a la dicha casa.

Después de esto, don José Manuel, mi hermano, quiso darme estado, pues arguyó, junto con José Martín, que con todo lo pasado con él y su esposa, y ya que varia gente del pueblo habíase enterado y corría la noticia por la ciudad, y aun con aumento de lo acaecido, y que como ya no era el tiempo de repudiar a María Fernanda, determinó que yo entrase monja y así demostrar la piedad de la familia de Zárate, y como José Martín era clérigo franciscano, entraría monja en el Convento de Santa Clara de Jesús. José Manuel reunió lo de la dote y me trujo a este convento, pues conocí que yo tampoco había de hallar vida al lado de él y de su mujer.

Una mañana a muy temprana hora partimos con destino a esta santa casa donde habitaría en adelante. José Martín habló con la abadesa y a poco era yo recibida como hija de nuestra madre Santa Clara de Jesús. La abadesa presentóme con la maestra de

novicias, que recibíome sonriente ese el primer día, díjome que entraba yo a una santa casa en la que viviría con más hermanas resguardadas del mundo y entregadas a Dios bajo la regla de nuestra madre Santa Clara de Jesús.

Santiago de Querétaro, septiembre 11 de 1785

Me dieron una pequeña casita en donde estaban otras novicias como yo. Esa primera noche salí para ver las calles del convento que de día me había mostrado la priora, y era que a mi celda entraban luces. Una hermana había encendido los faroles de las calles y recorrí varias; en esto se me fue hasta más de la media noche. La madre priora, que me vio paseando, llamó mi atención diciéndome que debía estar atenta a mis obligaciones desde la mañana, y le dije que sólo andaba sin sueño reconociendo el convento. Me dijo que aquí no se podía hacer al modo de una y que me dejara de cosas mundanas, que en adelante procurara guardar la regla y que ya conocería las maneras del convento y mis deberes. Por la mañana fue difícil despertar para maitines, pues ni siquiera clareaba el alba y ya las demás hermanas habíanse levantado.

Santiago de Querétaro, septiembre 12 de 1785

Recién entrada yo al convento, la maestra de novicias me reprendía de todo y por todo. Me dejaba muy duras penitencias y miles de trabajos hartos severos para mortificarme. Repetíame siempre que yo estaba aquí por amor y que Dios mortifica a sus hijos que más ama, y que debo sufrir para gozar después de los bienes eternos.

Después de un tiempo de estar en el noviciado, José Manuel mandóme traer mis demás muebles y otros que mercó para donarme y aderezar la casa. Aumentó la dote para que se me diese

una casa mayor, con altos y a mi gusto. Pusimos y amoblamos con cortinones de terciopelo prensado las ventanas y alcobas, balaustres de hierro dorado, un biombo de laca y otro de sedas, cuatro veleros con candelabros de plata, ocho búcaros de cristal, seis vasos de Talavera de la Reina, cuatro escabeles, dos sillones esculpidos para el piso bajo, cuatro arquimesas para ocupar la sala principal, doce tibores de China y siete arañas de bronce. Para mi cama donóme dos rodapiés de encajes y frangín. Para el servicio de cocina y comedor dos arcas, cuatro alacenas que pusimos con vajillas de ultramar con plata labrada, dos aparadores con bandejas, jarras, fresqueras, bernegales, limetas, salvillas, tembladeras, vasos, un jarro de oro y otros dos pequeños de marfil con labores, además de enseres y cazuelas de uso común. Poco tiempo después la misma doña María Fernanda visitóme trayendo consigo a las dos esclavas negras que estaban al servicio en la casa, que llámense Petra, la cocinera, y Juanilla, y que ahora se me entregaban para mis servicios.

Así me estuve como novicia hasta que llegó el tiempo de hacer mis votos y profesar como religiosa clarisa junto con otras hermanas más.

Santiago de Querétaro, septiembre 15 de 1785

Mucho me movió el ánimo la ceremonia de mi toma de profesión cuando conocí que el templo estaba lleno de velas encendidas y presentes todas mis hermanas. El reverendo padre tomó el hisopo y nos asperjó a las novicias y los hábitos que usaríamos. Nos preguntó si entrábamos a este santo monasterio para servir a Dios de buena gana, no forzadas ni compelidas, si estábamos libres, no ligadas con matrimonio ni oprimidas con deudas, y respondímosle cada una estar libres y entrar de buena gana; así que se escuchó el *Canticus Cantorum*, otras monjas que portaban velas nos rodearon

y salieron para conducirnos al interior del coro bajo que estaba velado.

Ya libres de galas profanas y vestidas del bendito hábito, se desveló el coro e inició la solemne misa. Así, boca abajo en el suelo, moría para el mundo mientras mis hermanas cantaron el salmo fúnebre.

De esta manera profesamos y morimos al mundo y al amor propio y a todas las cosas creadas, para vivir sólo a nuestro Esposo.

Para guardar mi cuerpo traje conmigo al Ángel del Señor. Desprecié el reino del mundo y todos los adornos y atavíos del siglo por amor de mi Señor Jesucristo, al cual conocí y amé y en el cual creí y al cual escogí. Esclava soy ahora de Cristo y así ostento el parecerlo y hago gala del traje servil y representación de esclava. Puso el Señor esta insignia para que no arrostre ni admita otro amante fuera de mi Divino Esposo.

Recibí el anillo del Espíritu Santo para ser llamada con verdad Esposa de Cristo y para servirlo fiel y puramente en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Puso el oficiante la corona de flores y piedras finas sobre mi cabeza como insignia y señal de Cristo. Puso en mis manos la palma de la virginidad para permanecer constante como Esposa de Cristo, y si en Él permaneciere constante, sea yo por Él mismo y con Él mismo coronada.

Así y de esta manera celebré la festiva pompa de mi nupcial muerte y mi natalicio entierro como sor María Felipa de la Santísima Trinidad.

Esa misma noche, a las calles del Marqués, Locutorios y Santa Clara las encendieron con luminarias que pusieron en las azoteas de las vecinas casas y en las torres cúpulas del convento, hubo una verbena popular para celebrar y festejar nuestra toma de profesión. Toda la noche oí tronar los cohetes, y dicen mis hermanas que prendieron castillos, mientras que nosotras estuvimos en el interior orando en una iglesia iluminada por centenares de velas y temprano nos recogimos para empezar otro día como verdaderas Esposas de Cristo.

Santiago de Querétaro, septiembre 18 de 1785

Pocas veces acudo al refectorio a tomar los alimentos, que me los pueden preparar mis esclavas en la propia celda. Sólo acudo a la sala de costura y de música donde me gusta mucho estar, pero la reverenda madre abadesa pocas veces me lo permite, y me ha mandado a aprender en la enfermería y a trabajar también en el huerto. El demás tiempo lo ocupamos en orar en comunidad, en los estudios y en otros trabajos de la propia casa.

Por las mañanas, después de vestirme, doy gracias a Dios de haberme guardado de mal durante la noche y le pido me libere del pecado. Leo y oro hasta la hora prima y rezamos en el coro. Escuchamos misa y regreso a mi celda, me desayuno y leo y medito. A las ocho es la hora de la misa mayor. De las nueve a las once hago las tareas y lecturas. A las once se reza el rosario, se hacen las devociones y las visitas al Santísimo.

De tres a cuatro son las labores manuales en comunidad. A las cuatro toca maitines [*sic*], después viene la lección espiritual y la oración y examen interior. Por las tardes nos dedicamos a quehaceres, devociones y ejercicios. A las ocho es la cena y a las nueve nos recogemos.

Ésta es una santa casa, que a más nos cobija y resguarda del mundo, pero conocí desde mis primeros días en ella que los duendes y los diablos no pueden sufrir el que sea bendita y santa y siempre vienen a sobresaltar la tranquilidad y la santa paz que aquí mora y molestan casi cada noche. Yo había poco tiempo de profesa y empezaron a visitarme a mí también. Una noche, después de las oraciones en comunidad y de haberme merendado mi chocolate y mi pan y ya próxima a recogerme, vínome una muy fuerte tentación y regresé a la alacena para abrir la cajuela de los dulces que mi hermano me había mandado, de los cuales comí sólo dos y solicité a Dios Nuestro Señor su perdón, mas no queríéndomelo dar, porque a poco, y yaciendo en mi cama, sonaron a la

puerta, fuíme abajo a abrirla y lo que se presentó fue un demonio horrible, enano, negro y con colmillos, que en cuanto abrí fuese hasta mí lanzando terribles carcajadas; hice una jaculatoria y cerré la puerta.

Medré [*sic*] tanto de esto que en toda la noche no pegué un ojo y llamé a mis dos esclavas para hacerme acompañar de ellas en mi mismo aposento, que también medraban aunque no hubiesen visto ni oído cosa alguna, y Petra hasta daba lloros y hube de consolarla, y pusímonos pues a orar para alejar para siempre esas malas visiones. En cuanto me desperté, bien temprano solicité confesión. Y así como esta vez, muchas veces me ocurrió, estando yo en lo más profundo del sueño o próxima a recogerme, que venían los duendes y me hacían burlas y crueldades muy ingratas de recordar y de relatar, y es tiempo que se siguen apareciendo para solazarse con nuestro terror. Petra ya los ha visto muchas veces, igual que Juanilla.

Santiago de Querétaro, septiembre 19 de 1785

V. R. recuerda que perdonó la dicha falta de los dulces que comíme en aquella vez y mandóme como penitencia por mi horrible pecado de gula, hacer una caridad a una hermana y hablóme de sor Antonia, una madre ya de muchos años, de que la pobre ya no hallaba hábito del cual usar, pues que más raído y cepillado no podía tenerlo. Así que me lo dijo, fuíme hasta su celda para llevarle dos hábitos aún sin uso alguno que tenía prestos para mí. Sor Antonia estaba hecha un mar de dicha y ofrecióme orar por mí en todas las horas que Dios Nuestro Señor le permitiese vivir, pues que grande era la merced y caridad que yo le hacía y así díjome otras muchas más cosas y lloraba tanto que movíame a compasión.

Así que don José Manuel, mi hermano, visitóme, le hablé de la dicha sor Antonia y del pendiente que la pobre tenía por sus

muchos y muy grandes menesteres, pues que celda más pobre y sola no la podía haber ninguna otra en todo el convento, y que también contóme que había ya más de veinte años de monja profesada en Santa Clara y que no lo sería ahora, ni nunca lo habría sido, si su dote no la hubiese dado aquel grande señor que era noble y que le hizo tal merced y que gloria hubiese.

Con dicha relación, mi hermano mandóle a sor Antonia más hábitos, enseres, cazuelas, dineros y otras muchas cosas de las que había tan grande demanda, y nunca supo ni conoció la mano que tan grandes beneficios le hacía, mas conozco que por mi hermano rogaba sor Antonia a Dios Nuestro Señor para que le concediese más bienes en la Tierra y parte en los cielos por tener esa tan grande y caritativa ánima.

Santiago de Querétaro, septiembre 22 de 1785

Otra tarde, mientras yo me estaba sentada tocando el clavecín, se llegó hasta mí una de mis esclavas para comunicarme que hallándose en la cocina de la casa, empezaron a ver cómo las cazuelas saltaban de sus lugares haciéndose añicos contra el suelo, y que viéndolo corrieron hasta mí para que las auxiliase, pues era de verse que tratábase de duendes que les hacían la burla y que así era mejor acudir a donde V. R. para que nos dijese lo que podíamos hacer.

Vuestra reverencia aconsejó que orásemos más, pues que era muy probable que se tratase de ánimas que nos hacían las dichas cosas para que nos espantásemos y así rogásemos por ellas, que seguramente gran pena tenían consigo. Que la siguiente vez que las viésemos no corriésemos, que orásemos por sus ánimas y repitiésemos jaculatorias para que librasen presto tan grande sufrimiento.

Así otra tarde que Petra y Juanilla fregaban los pisos, vino el dicho duende que V. R. decía era ánima, y dando voces me llamaron

para que la viese yo misma, y al verla caí desmayada del susto, pues que causaba grande impresión el ver a la tal ánima penando. Era una monja que usaba el hábito de esta santa casa, era alta y harto magra y portaba una vela encendida en la mano y cubría su rostro con una capucha, así que se descubrió la cara, que la tenía sin la color, nos miró con mirada llena de pena y las tres repetimos varias veces jaculatorias y otras tantas oraciones por su triste ánima, aunque tremábamos de la impresión.

Luego de varias jaculatorias, como que se deshizo en el aire y nos alargaba los brazos como para decir algo. Nosotras que así la vimos, y en cuanto desapareció, prestas rezamos más oraciones hasta el alba. Esto aconteció muchas noches en que mis dos criadas me acompañaban para dormir y para rezar y fuímosle perdiendo un poco el miedo a la pobre ánima de esa hermana que penaba por el convento y hasta diría que le tomamos un poco de cariño.

Una noche la dicha ánima habló y su voz era suave y de tono tristísimo. Díjonos que continuásemos orando aún más por ella, pues las penas eran tan grandes que necesitaba de nuestra mucha paciencia para salvarla y ayudarla a gozar de la gloria de los cielos. Luego dijo también que así como era yo monja, ella lo fue en vida, pero mala monja y sin voluntad por el prójimo ni por Dios y por ello era que ahora penaba de tal manera y nada podía salvarla de esos grandes tormentos más que nuestras oraciones, en especial las mías, que la llevarían por fin al paraíso; y que así me aconsejaba no convertirme en mala monja como ella lo fue, que hiciese harto caso de mis guías espirituales y no me dejase seducir por los demonios, en especial por aquellos que acechan los conventos y las santas casas.

Cuando esto acabó de decirme estaba yo llorando de escucharle sufrir tanto en el purgatorio. Después que terminó, desapareció y así pasamos muchas noches casi en vela orando por la hermana y ofreciendo misas y novenarios por su salvación, todo con el permiso de la madre abadesa y la supervisión de vuestra reverencia.

Las siguientes veces que la hermana en pena regresó, ya no habló más sino hasta el final, cuando después de mucho tiempo vino a avisarme que se salvaba y su cara era muy otra, pues sonreía, y así tornó a aconsejarme ser buena monja en vida para no purgar penas en la muerte como ella había habido de hacer sin más remedio que el suplicar a las buenas almas rogasen por la suya. Yo que así lo oí me alegré hartito con ella y por mí, que ya no debería rezar tantos novenarios y así en adelante empecé a ser mejor hija de esta casa de Dios. V. R. conoce ya de esto y me guió para orar por esta hermana nuestra y asimismo os habéis regocijado conmigo por su salvación.

Santiago de Querétaro, septiembre 27 de 1785

Pasó un tiempo en que las ánimas no osaron aparecerse y dormíamos tranquilas las criadas y yo. Pero una noche, estando a punto de dormir, escuché ruidos en la casa, pasos en las alcobas; alguien que entraba a la casa desde el tejado y que ahora estaba cerca de mí, yo me envolví en las mantas para guardarme lo mejor posible y que no me viese, pues medré fuese una ánima que otra vez me perseguía para orar por ella.

Quedéme muy sosiega y callada un buen rato y ya no escuché ni vi nada más, mas de pronto la jarra del agua se estrelló en el piso y me alcé enseguida en recuerdo de la vez de las cazuelas que se movieron en la cocina cuando llegó aquella ánima de la hermana. Prendí mi lamparilla con la vela del Sagrado Corazón que tengo siempre encendida cerca de mi mesilla, y como no viese nada torné a la cama, aunque con mi lámpara alumbrando, pues había escuchado decir que así las ánimas se espantan y se van.

Ya comenzaba a dormir, cuando sentí cómo esa dicha ánima rascaba con furia la parte baja de mi cama, y me imaginé no a una ánima sino a un demoñuelo que quisiera llevarme con él en castigo

por huir de las ánimas en pena para no gastar mi tiempo rezando por ellas. Con más susto me incorporé y vi que tratábase no de una ánima sino de un gatito pequeño que limaba sus uñas contra la madera. Así que lo miré no pude aguantar la risa y llamé a Juaniña y a Petra para contarles, en cuanto lo oyeron celebraron también mucho lo acontecido y empezamos todas a hacer mimos al gato que quién sabe cómo entró a la casa.

Petra me preguntó que ahora qué haríamos con el animalito y le dije que a la mañana siguiente lo consultaría con la madre abadesa y con V. R. para conocer si lo podía tener conmigo en el convento, pues hogar le podíamos encontrar mediante mis hermanos, pero el gatito me había simpatizado y deseaba que me permitiesen tenerlo.

Al demandar a la reverenda madre abadesa díjome que muchas otras hermanas tenían aves y aun gallinas, pero que solicitar un gato de compañía ya se trataba de un lujo, y por tanto debía solicitar un permiso especial a mi confesor. Recuerdo que V. R. díjome que pues ya me habíais permitido tener conmigo el clavecín que truje de mi casa y muchas más cosas, y que si deseaba la mascota dejase en cambio el clavecín para donarlo a los pobres y así podría conservar al gato como pertenencia mía, siempre y cuando lo alimentase y cuidase de él hasta el final y que no fuese molesto para mis hermanas del convento.

Solicité a V. R. licencia para pensarlo detenidamente, pues que el clavecín significaba para mí el recuerdo de mi madre, y deshacerme de él sería perderlo para siempre, era un antojo que tenía y entendí que jamás volvería a tocarlo. Mas el gato era tan simpático y pequeñito y estaba tan indefenso... y como me habíais dicho que si conservaba mi clavecín el gato debería de salir del convento más presto de lo que había entrado, preguntéme cómo sobreviviría él solo y cómo haría para hallar amo que lo protegiese y que al fin el clavecín quedaría en manos amantes de la música, ¿pero quién querría al pobre gato para siempre? Así que *Simón*, que así

le puse primero, se quedó conmigo, y sepa V. R. que ya le he cambiado el nombre por el de *Migajón*, por tener las patitas como tales de tan regordetas, pues que V. R. me regañó y mucho por ponerle al pobre animalillo nombre de santo de la iglesia.

En cuanto manifesté a la reverenda madre abadesa la determinación de conservar al gato, mandó que le llevase el clavecín de mi celda, Petra y Juana se lo llevaron y lloré mucho por haber de deshacerme de un recuerdo de mi madre, más en vez de esto quedaba el gato conmigo.

Y así, en veces Juanilla, Petra o yo, todas cuidamos mucho de él y le damos su leche y sus pellejos que siempre salen en la cocina y a veces hasta sus bollos de horno, lo mismo cuando hay pescado, lo come asado o en guisos o le damos puchero, que es bastante goloso *Migajón*. En las noches le gusta ir a dormir conmigo en la misma cama y ronronea para que le haga caricias hasta que se queda dormido el pícaro.

Santiago de Querétaro, octubre 5 de 1785

Muchas veces se le ocurre a *Migajón* salir por la ventana y dar un paseo por los callejones del convento y regresa al otro día. Así acaeció una vez en que no lo echamos de menos, porque ya sabíamos que había salido. Pero al amanecer y antes de las primeras oraciones, sor Carmen, la hermana que tiene una celda junto a la mía, tocó airadamente a la puerta, corrió Juanilla a abrirle y sor Carmen le dio de voces y díjole que estaba harto fastidiada de ese gato que teníamos y que solicitaría a la reverenda madre abadesa me retirasen el permiso de tenerlo conmigo en el convento.

Yo, que escuché, bajé a saber qué ocurría y sor Carmen díjome que ya había tres veces que mi gato cazaba y se comía a los pajarillos de las jaulas que tenía en su patio. Contestéle que *Migajón* no podía haber sido, pues que en la casa comía bastante bien y buenas

cosas y que no había menester de los tales pájaros. A poco entró *Migajón* regodeándose y sor Carmen quería matárnoslo con una escoba, como no lo consiguió, pues *Migajón* es muy veloz, fuese sor Carmen a ver a la madre abadesa para que me retirasen el permiso de tener a mi gato conmigo.

Con fortuna y con el consejo de Dios Nuestro Señor, la reverenda madre abadesa no dio lugar al hecho y solicitóme que cuidase de mi gato, que no invadiese las celdas ajenas ni mucho menos causase estropicios, como bien se me había advertido. En adelante he cuidado muy bien de él y no le dejamos salir más que para buscar algún ratón que a veces entra al convento, y entonces sí, las propias hermanas lo demandan para darle caza, menester para el que es muy presto el animalito.

Santiago de Querétaro, octubre 6 de 1785

V. R. mismo, mentando a nuestro padre san Francisco, que amaba y cuidaba de las criaturas de nuestro Señor, me habéis aconsejado se le diera una bendición a mi gato para que se portase bien, y V. M. mismo lo ha bendecido, ocasión por la cual preparamos una pequeña merienda en que fueron invitadas a mi celda algunas hermanas, y en que Juanilla y Petra se esmeraron preparando suculencias. V. R. recordará el chocolate y las frutas de horno que entonces le mandé con mis criadas. En adelante, *Migajón* se ha enmendado bastante y ha cuidado de no hacer más travesuras a las hermanas, pues conoce que si no cumple mi promesa lo echarán de esta santa casa.

Santiago de Querétaro, noviembre 10 de 1785

Perdonará V. R. que he dejado vario tiempo sin concluir el relato de mi camino en este convento de nuestra madre Santa Clara de

Jesús, mas he debido descuidar tantas cosas por los ejercicios espirituales y las muchas ocupaciones que debemos cumplir en el convento mis hermanas y yo, que asimismo he restado algún tiempo al sueño con provecho de mi ánima, pues que apenas tres días hace que dos hermanas nuestras tuvieron un litigio grave entre ellas, y como se dieran con sartenes resultaron las dos muy mal heridas y hemos estado curándolas en la enfermería; mas, gracias a Dios sean dadas, ya se van recuperando.

Ruego a Dios Nuestro Señor me siga iluminando para recordar los sucesos acaecidos desde mi ingreso y profesión, pues que este ejercicio será benéfico para conocer los momentos en que he pecado y actuado contra la voluntad de Dios, así como porque V. R. me lo manda.

Santiago de Querétaro, noviembre 11 de 1785

Y en ocasión de mentar el pecado, continúo con el terrible lance que inició cuando el señor mi hermano me visitó y trujo consigo un espejo grande y bien pulido.

El espejo era trabajado con marco y mesa de maderas finas y me lo obsequió para aderezo de mi celda. Harto me regocijé yo con el regalo, mas andaban por el mismo locutorio las esclavas de sor Carmen, que fueron a llamar a mi madre abadesa, y en cuanto vio el espejo en el dicho locutorio, púsose indignada y díjole que un regalo así era harta vanidad para una monja profesa como lo era yo, pues que para espejos eran bastantes los cristales que en el convento había y eso para andar aseadas y no para aderezarnos como si fuésemos damas del siglo.

Mas mi hermano respondió a sus reconvenciones y díjole que a más de servir el dicho espejo para aderezarse, era gala y ornamento que podía quedar junto con los demás muebles que en mi celda tenía y que así a ella le donaría otro igual y de la misma calidad.

La reverenda madre abadesa mudó el carácter y respondióle que por esta vez estaba bien dejármelo, mas que en adelante procurase no traer a esta casa símbolos u ornamentos del mundo, que nosotras ya estábamos dedicadas sólo a Dios. Así, unos días después, la reverenda madre recibió también su espejo.

Al siguiente día consulté con vuestra reverencia, y V. R. me dijo que estaba bien poseerlo como un donativo de mi hermano, mas que cuidase de no colocarlo en la misma pieza donde descansaba yo, para evitar la tentación de mirarme en él, sobre todo por las noches, cuando el malo acecha.

Coloquélo en la salita del piso bajo y ahí se estuvo sin que yo osara acercármele. Las que solían mirarse eran Juanilla y Petra cuando pensaban que yo no las veía, y yo les decía con socarronería: “No os vaya a tentar el malo con estar mirándoos el reflejo, si lo estrelláis diré a mi hermano que vosotras fuisteis”, y ellas retirábanse con carcajadas. Yo sólo algunas veces osaba acercarme hasta él para arreglarme la toca o recogerme algún cabello suelto, mas no para aumentar mi vanidad, que V. R. sabe que es bastante.

Santiago de Querétaro, noviembre 12 de 1785

Y recordando el dicho espejo, una noche antes de recogerme pasé cerca del espejo, y en viendo que las criadas no andaban cerca, no pude evitar el mirar mi reflejo y mi cara, me acerqué con la candela en la mano porque me ardía la cara por un rasguño pequeño que me había hecho *Migajón* con sus uñas. Acerqué la luz para observarme y me quedé mirando de qué color se me veían los ojos, pues como son claros y los miré más oscuros por la poca luz que había, me quité la toca para mirar la color de que se me había tornado el pelo, y así me estuve y me cautivé a mí misma con la dicha imagen del espejo, y entonces pasa la pícara de Petra y me dice que no me fuera a tentar el malo, como yo les decía.

Mas continué mirándome y alisándome el cabello con la mano. No sé bien a bien durante cuánto tiempo estuve frente al espejo solazándome en aquella contemplación. De pronto el espejo se tornó todo blanco y una voz salió del mismo y díjome con furia: “¿Tal te estás, Felipa?, adelante, solazaos con vuestra imagen en vez de gozaros con las cosas divinas y de amar a tu esposo que por ti murió. Mira que tu ánima se está perdiendo”. Después de decir esto, mi vela se apagó como si alguien que estuviese dentro del espejo le hubiese soplado.

Nunca, ni siquiera con los fantasmas, habíame espantado tanto como esta vez, ni me había saltado tanto el corazón, y corrí a buscar a la madre abadesa y después de enterada ella y de quedar también muy espantada, a más que ella poseía un espejo igual, solicité confesión con V. R. y le relaté el espanto que sufrí, y recuerdo que me habéis dicho, y con muy justa razón, que me lo había ganado y que estaría con un pie en el infierno si no me hubiese confesado de inmediato, y que fuese a deshacerme de aquel espejo embrujado, instrumento de tentaciones del que V. R. me dijo que era el conducto por donde entra y sale el demonio para acarrear las ánimas hasta el infierno.

Llevaron al dicho espejo hasta la sacristía, en donde se rezaron varias jaculatorias para quemarlo después. Nunca he deseado saber más de espejos ni entendido de galas mundanas.

Santiago de Querétaro, noviembre 13 de 1785

Con el tiempo me he deshecho de algunos muebles y posesiones que me han donado y no por órdenes de ningún superior, mas por hacer caridades a los pobres y, mediante vuestra reverencia que me dice hay grandes hambres y pestes en el reino, así como muchas necesidades, es que se han vendido y repartido mis bienes. Todas las hermanas realizamos penitencias y procesiones de

sangre por los apestados, rogando mucho a la Santísima Virgen de Guadalupe no se extienda el contagio.

Mi cuñada María Fernanda se ha convertido en una alma muy caritativa con los indigentes y ella misma ha donado joyas y otros objetos de valor al convento para ayuda de los pobres de esta casa y los menesterosos de la orden.

Una vez estuvo la señora María Fernanda a visitarme en el locutorio y se quejó de cuánto ha debido padecer por culpa de aquel niño que tuvo, porque no sabe cómo está la criatura ni de la suerte que ha corrido y que dice ahora sentir mucho y quererla de vuelta consigo.

Le he recomendado hablase con vuestra reverencia para que le dé consuelo y consejos, pues no puedo ponerme en contra de las órdenes de mi hermano y tampoco decir a ella que supe por chismes de las criadas que la criatura estaba destinada a servir en una casa.

Mas doña María Fernanda no quiso hablar con V. R., porque dice que le da pena tratar su caso y la manera en que fue vilmente forzada por el esclavo.

Para consolarla un poco le he dicho que es muy probable que mi hermano ya esté viendo por la criatura y aun cuidando de su manutención y bienestar, pues ella creía que incluso lo hubiese mandado matar para deshacerse de cualquier evidencia del hecho. Le he dicho que será mejor hable con su marido y trate de saber sin molestarlo mucho, mas que supongo, porque mi hermano siempre ha sido de grande corazón, que la criatura está bien resguardada y cuidada y que así no hay por qué tener cuidado alguno.

Mas María Fernanda está empecinada en tener al niño de vuelta consigo, sólo teme al señor su esposo, mas también es madre.

V. R. me ha aconsejado que cuando vieses de vuelta a mi cuñada y lo volviésemos a platicar, buscara tratar de prisa el asunto del niño y no decirle nada más, pues que puedo causar molestia en

José Manuel y él es el que determina qué se ha de hacer en todo asunto que concierna a su familia y a su mujer.

Así lo he hecho en las otras ocasiones en que María Fernanda me visita, como vuestra reverencia lo ha ordenado.

Santiago de Querétaro, diciembre 5 de 1785

Vuestra reverencia disculpará una vez más que he interrumpido esta relación por los muchos trabajos y faenas que en los últimos días hemos tenido, pues ha sobrevenido una peste debido al mal temperamento del aire y hemos hecho más penitencia y atendido a nuestras hermanas más enfermas, debiendo curarlas por las noches y en todas horas procurarlas, además de lavar sus hábitos y limpiar las celdas rigurosamente, en el trabajo también nos han ayudado mucho las esclavas.

V. R. tiene presente a la pobre hermana Antonia, y conocerá que esta madre viejecita ha padecido de las más con este grande mal que se nos ha venido y se encuentra muy enferma en su lecho. Sor Antonia es de las primeras hermanas que nos hemos ocupado de atender sin dilación por las muchas mortificaciones que su cuerpo padece, así como a las otras hermanas viejecitas, que están en iguales condiciones.

Como especial penitencia V. R. me ha mandado atender especialmente a la hermana sor Carmen (la que siempre ha perseguido a mi gato y que desaparecido está ha varios días), pues que también ella está muy enferma y por ser de carácter tan especial, pocas hermanas la han acudido, así como me lo solicitó vuestra reverencia, así lo he cumplido y he estado a cuidarla y confortarla, darle su atole y lavarla y arroparla.

Santiago de Querétaro, diciembre 7 de 1785

Vuestra reverencia conoce que sor Antonia ha fallecido y encuéntrase ya en dichosa vida y dando gloria al Señor. Fue muy hermosa la misa de Réquiem que V. R. ha celebrado durante los funerales y muy ingrata la despedida que hemos debido de tener con una madre tan cara como sor Antonia.

Al igual que sor Antonia han fallecido ya sor Fidencia, sor María del Socorro y sor Cayetana, tres de las hermanas más grandes y más antiguas en el convento. La peste ha sido terrible para las hermanas de la casa. Algunas esclavas también han fallecido, pero Petra y Juana son muy fuertes y sé que resistirán sin contagiarse.

Ha estado hoy a visitarme mi hermano don José Manuel para platicarme que doña María Fernanda ha contraído la peste por una esclava y se encuentra en estado de gravedad.

Le he tratado el tema de su hijo y que sería muy bueno que lo buscarse y lo llevase a la casa de nuevo, más él no ha querido saber nada del asunto y dice que es imposible que ese niño regrese a do su madre, pues que ya hartó sufrimiento ha causado en la familia para traerlo de vuelta.

Ya se han mandado decir varias misas por la salud de María Fernanda y esperamos que como es joven y fuerte sobrevivirá sin duda.

Santiago de Querétaro, diciembre 8 de 1785

Reverendo padre mío, tal parece que nuestra comunidad llegará a la Navidad y al año entrante con bastante mengua entre las hermanas por las muchas muertes acaecidas en esta casa con motivo del mal aire que hay y que debemos de padecer por amor a Nuestro Señor Jesucristo, que murió sufriendo asimismo por culpa de nuestros pecados.

Rogamos a nuestro Padre Celestial se digne recibirnos en el cielo si llegada fuera nuestra hora y así le rogamos a la Santísima Virgen María de Guadalupe y a nuestra madre santa Clara de Jesús, intercedan por nuestras ánimas para ser recibidas en la gloria eterna sin pena del purgatorio.

Mi hermano don José Martín también me ha visitado esta semana y me cuenta que ellos también tienen muchos trabajos y fatigas en su casa a causa de la peste y que han cuidado y confesado a muchos moribundos y dado cristiana sepultura a otros.

Santiago de Querétaro, diciembre 10 de 1785

V. R. conocerá ya que la santa y reverenda madre sor Fabricia, después de comulgar, ha tenido la visión de las penas del purgatorio y del mismo infierno y que en la dicha visión ha mirado a varias hermanas de nuestra santa casa que han fallecido con la peste y que están penando en el purgatorio sin consuelo alguno. Mucho medramos las más, que si aquellas tan santas han debido pasar por el purgatorio, ¿qué deparará el Señor a nuestras pobres ánimas así tan imperfectas y pecadoras?

Santiago de Querétaro, diciembre 11 de 1785

Reverendo padre, hoy me encuentro con el alma triste, pues que se ha ido para siempre sor Carmen, y después de haberla curado varios días he conocido que su carácter era bueno y hasta santo.

He visto cómo mi hermana ha entregado el alma a Dios cuando yo le acercaba el jarro de agua fresca a los labios, y Petra y Juana que andaban por ahí aseando la celda han acudido de inmediato a mis lamentos, pero como especial merced Dios Nuestro Señor le concedió morir en su gracia y con los santos óleos

aplicados antes de su muerte, por lo que no dudo esté ya con los ángeles gozando también de la gloria celestial. Le he cerrado los ojos y la boca y la hemos vestido con la mortaja con harto llanto y sentimiento.

V. R. debe saber también que después del funeral de sor Carmen, en cuanto recogíme en mi celda para seguir orando por su ánima, *Migajón* ha regresado, no sé dónde estuvo metido mi gato, mas llegó astroso y flaco, quizá salió del convento huyendo de la peste y ahora retorna a mi compañía por las muchas hambres que se ve pasó en la ciudad.

Petra y Juanilla también fueron las más felices con su regreso y yo, pues que lo eché mucho de menos. Curiosamente *Migajón* regresa a casa después de la muerte de sor Carmen, que nunca lo quiso.

Así y también por caridad yo pensaba y tenía entendido cuidar de los pajarillos que dejase la hermana sor Carmen en sus jaulas, mas ellos resistieron menos que su ama.

Santiago de Querétaro, diciembre 13 de 1785

Hoy ha estado a visitarme en el locutorio mi hermano don José Manuel y no traía buena cara, ha fallecido su esposa María Fernanda por la peste que tenía contagiada.

Me he contristado harto con la noticia terrible de la muerte de mi cuñada. Ahora ya jamás se reunirá aquí en la tierra con su hijo.

Mi hermano me ha dicho que ella ha contraído ese mal a causa de sus muchos pecados y que Dios la castigaba por haber sido mala esposa y también mala madre. No he osado responder nada al señor mi hermano.

En cuanto José Manuel se ha ido, he redoblado mis penitencias por el ánima de la señora mi cuñada.

Santiago de Querétaro, diciembre 18 de 1875

Vuestra reverencia, gracias a Dios y a la Santísima Virgen María de Guadalupe, a la que hemos rogado en ocasión de su aniversario, la peste ha amainado y ya casi todas las hermanas que quedan estamos casi buenas con todo y los fríos que se han venido. Este día hemos acudido a la sala de música y después estuvímonos con varias hermanas en el jardín a mirar la tarde, pues que las faenas también han disminuido.

Ahora hemos orado y practicado penitencias y devociones por las ánimas de las hermanas que se fueron y esperando el favor de Dios Nuestro Señor para que misericordioso les brinde el perdón de sus pecados y la salvación de la prisión horrenda del purgatorio.

Vuestra reverencia, como hija espiritual vuestra, os entrego la última parte de este manuscrito para iniciar a mentar solamente las cosas tocantes a mi divino esposo, pues creo además que aunque vos mismo me lo habéis solicitado, ya bastante lo he fatigado con mi relación y, de ser así, espero vuestra dispensa y bendición.

*Alabado sea siempre el Señor.
Vuestra hija espiritual sor María Felipa
de la Santísima Trinidad, Año de Dios de 1785.
Santiago de Querétaro, Convento de Santa Clara de Jesús.*

MUJER EN DOS TIEMPOS II

Eunice Vega Marín
Querétaro, México, 1990

Estaba despierta, escuchaba las voces de mi familia y me sentía fatal. La fiebre me torturaba, hacía un calor insoportable. Sólo quería salir pronto de aquel sanatorio y no volver a recordar nada de lo que la noche anterior había ocurrido. Pero mi madre y mi abuela no me daban tregua. Tal vez no sabían que aunque un enfermo parezca dormido, a veces está escuchando todo lo que dicen a su alrededor y más claramente que si estuviera despierto. Lo que menos queremos escuchar en esos momentos terribles, es lo que mencionan. Uno está a expensas de todos los demás, porque no es siquiera capaz de hablar.

Fue dramático volver a contactar a mi hermano de esa manera y sin haberlo yo buscado; siempre esperé que todos lo muertos estuvieran en paz y no molestarlos nunca más con tonterías o egoísmos, ipero no, mi hermano muerto regresó y me provocó otra crisis que me envió al hospital!

Ahí, hospitalizada e inmóvil, escuchaba las voces y me parecían más agudas que nunca, mi sensible oído registraba cualquier sonido y lo hacía reverberar en mi cerebro. La enfermera me había administrado unos sedantes, pero el efecto ya había pasado.

¿Cuánto tiempo había permanecido ahí dormida? Nunca lo supe con exactitud, lo que sí sabía era que no quería volver a experimentar cosas tan tremendas. Yo no era una médium ni quise

serlo nunca, pero no sé por qué me persiguen los espíritus y las personas desaparecidas, no sé por qué puedo percibir tragedias y catástrofes que se avecinan; tal vez sea herencia de una tía abuela, que dicen “gozó” de dones muy similares.

Tal vez sea mejor comenzar por el principio de todo esto. Quisiera poner orden en mis pensamientos con la ayuda de este texto. Necesito reorganizar y hacer un recuento de todo lo que me ha venido sucediendo desde que tengo uso de razón, o sea desde que recuerdo. Según mi psicóloga, qué mejor que escribirlo para ver las cosas más claras y desde otra perspectiva.

En mi familia yo fui la mayor de tres hermanos, actualmente tengo veintiún años y estudio la licenciatura en lenguas modernas; sigue Guillermo (que murió hace un año, cuando tenía dieciocho) y después Eugenia, de dieciséis, que está en la prepa. Somos una familia normal, sencilla, de clase media. Mis papás son de Guanajuato, allá se casaron.

Mi papá es algo testarudo, pero muy buena persona; mi mamá tiene un carácter impaciente y estricto a más no poder, confieso que siempre le hemos tenido un poco de miedo, incluso mi papá.

Yo, desde chiquita, tenía sueños, más que sueños eran premoniciones. Podía saber con anticipación qué iba a ocurrir y podía describir hasta los detalles. Mis padres se sorprendían muchísimo, y aunque mis avisos comenzaron con cosas muy suaves e insignificantes, a ellos les parecía un hecho curioso y digno de alabarse, a todos les decían: “Miren cómo Eunice adivina las cosas. Esta niña adivinaría hasta los pensamientos”.

Se trata, según dicen, de una dote que al parecer se hereda, como el color de los ojos, como el carácter o el tono de la voz; y, según sé, la hermana de mi abuela paterna había gozado de dones similares a los míos.

Estos fenómenos comenzaron a manifestarse en mí mediante cosas muy sencillas: por ejemplo, soñaba a mi madre que usaba una blusa amarilla o a mi maestra con un vestido nuevo y de un

color determinado, y al día siguiente ahí estaban, vestidas tal cual las había soñado.

Cierta vez soñé a mis hermanos llorando y a un perro enorme junto a ellos. A la mañana siguiente, cuando mi papá nos llevaba al colegio, se lo dije, pero me respondió cualquier cosa sin darle mayor importancia. Al día siguiente, cuando mis hermanos regresaban de la escuela, los persiguió un enorme can que quiso morderlos, entraron muy asustados y gritaban admirados que yo había tenido razón, que había adivinado lo que les iba a pasar.

Lo mismo era cuando el teléfono sonaba, casi siempre sabía yo de quién se trataba y, algunas veces, hasta presentía el asunto de la llamada. “Mamá, es Claudia –decía yo–, seguro es para invitarte a una reunión”; era muy raro que me equivocara en este tipo de predicciones.

Pero el don fue en aumento y se volvió terrible e incómodo. Ya no veía simplemente los vestidos que usarían o estrenarían mis maestras o mi mamá, ni a las personas con que me encontraría por el camino; comenzaba a ver los sucesos cada vez más detallados, ahora escuchaba pláticas acerca de cosas que jamás habría sospechado.

Cierta vez, cuando ya este fenómeno me acuciaba, escuché en mis sueños que mi abuela Angélica pedía perdón por haber tenido un hijo de otro hombre que no era mi abuelo, le pedía perdón a su marido por la existencia de su hijo menor, Enrique.

Por la mañana, mientras mi mamá peinaba a mi hermana, le conté mi sueño. Ella se enojó conmigo por decir esas cosas que no eran ciertas. Le dije que simplemente lo había soñado, y me contestó que ya me sentía de veras adivina, que cómo podía ser cierta una cosa así, que su hermano Enrique también era hijo de su papá, aunque él no lo hubiera conocido.

Le pregunté por qué no se habían conocido y dijo que el abuelo había muerto de un ataque al corazón, pero que mi abuela ya estaba embarazada. Mi papá oyó lo que decíamos y preguntó con

curiosidad en qué fecha había muerto el abuelo y en qué año había nacido mi tío. Mi mamá dijo que el abuelo había muerto en noviembre de 1958 y que Enrique había nacido en octubre de 1959.

Mi papá se quedó pasmado, hizo y rehizo la cuenta que no cuadraba y empezó a burlarse de mi mamá; la verdad es que mi padre siempre ha tenido rencillas con su suegra, y ahora tenía oportunidad de tomar revancha.

Mi mamá se molestó tanto que salió de la casa y no regresó sino hasta tres días después. Había ido a Guanajuato a ver a la abuela y, después de hablar mucho, ella le confesó que poco después de haber muerto el abuelo, ella, que estaba deshecha por el accidente y desesperada por la pérdida, se había reunido con un muy buen amigo suyo y de su esposo a tomar café y que le había dado ánimos todo el tiempo; finalmente resultó tan buen amigo que las cosas se dieron; pero que eso no significaba que no hubiera amado al abuelo o que le hubiera sido infiel, pensarlo sería una tontería.

Mi abuela y mi madre lloraron mucho, y todo por culpa de un sueño, o sea, por culpa de *mi* sueño. ¿Cómo iba a saberlo, cómo iba yo a sospecharlo? No sé de donde me venía la información y me arrepentía de haberlo dicho.

Mi papá me vio tan afligida que me dijo que yo no tenía la culpa de soñar esas cosas que eran verdades, que en todo caso mi abuela era la culpable por no haber medido las consecuencias de lo que hacía.

Yo no quería contar ya ningún sueño que me pareciera malo; callé durante muchos meses, pero una mañana no pude contenerme porque el sueño no había sido fatídico, sino todo lo contrario: mis papás se sacaban un importante premio de lotería, veía clarito el número del billete y se los dije. Como ya conocían muy bien mis aptitudes, de inmediato anotaron el número y se dieron a la tarea de investigar dónde podían adquirirlo. Después de llamadas y llamadas para rastrearlo, se supo que ese número de serie estaba

a la venta en el estado de Puebla, así que cuanto antes mi papá se fue para allá a buscarlo estanco por estanco, y finalmente lo localizó.

Cuando vi todo lo que habían hecho mis padres para conseguir ese billete de lotería, empecé a sentirme un poquito angustiada de que esta vez, simplemente, mi sueño no coincidiera con la realidad; después volvía a convencerme de que efectivamente esas cosas nunca me fallaban. La verdad es que sentía mucha presión.

Cuando llegó la fecha del sorteo estaba en el colmo de los nervios, pero, efectivamente, mis papás se sacaron el segundo premio, una importante cantidad de dinero y estaban felices. Al menos, para mi consuelo, así como tenía yo la capacidad de pronosticar desgracias y de adivinar cosas pasadas que eran trágicas, también tenía la virtud de conocer sucesos buenos como éste. El día que lo cobraron nos fuimos a celebrar al mejor restaurante de México. Hasta mi papá, que nunca bebe, estuvo brindando. Los cinco nos sentíamos efusivos.

Como esa vez, hubo muchas otras cosas buenas que se lograron concretar gracias a mi clarividencia. Sí, Eunice era mágica, una especie de pitonisa, de psíquica que había nacido en la familia Vega para su fortuna. Obviamente, en la escuela odiaba hablar de “mis dotes”, los muchachos son muy raros y podían burlarse; además, para ellos la rara, la extraña era yo. Siempre fui tildada de bicho raro en todas partes, no sé con exactitud por qué, pues jamás hablé a nadie acerca de mis percepciones que a veces se convertían en un don incómodo, muy incómodo.

Sin embargo, había ocasiones en las que tuve que hacerlo, como ocurrió con mi maestro de inglés, y eso para salvarlo de una posible desgracia. Había soñado claramente que su hijita de siete años, a la que yo conocía, era raptada al salir de la escuela por un par de tipos que violentamente la subían a un automóvil de color verde oscuro. Veía a la niña peinada con dos colitas y listoncitos blancos en el pelo.

A la mañana siguiente busqué al maestro Francisco, lo encontré en la sala de maestros y brevemente le conté, para que confiara en mí, que yo tenía ciertas dotes para prever cosas antes de que ocurrieran. Después le relaté, tratando de no alterarlo, el sueño que había tenido, y agregué que generalmente ese tipo de situaciones se podían cambiar si se conocían con anticipación. Primero se mostró desconfiado pensando que pudiera ser una broma estudiantil, pero después de relatarle que lo que le decía era en serio y cómo mis papás se habían sacado un premio de la lotería, se interesó más.

El maestro Francisco decidió ir a la escuela de su niña antes de que terminaran las clases y, según me contaría él mismo más tarde, vio frente al colegio un auto estacionado de color verde con dos tipos en su interior que miraban insistentemente hacia la escuela. Primero llamó a la policía para reportar el vehículo sospechoso y después entró al aula de la niña. Se sorprendió muchísimo de que su hija estuviera peinada de colitas y con los listones en el pelo, como yo le había vaticinado, ya que su mamá no siempre la peinaba así. Pidió una autorización al profesor de la escuela para retirar a la pequeña antes de la hora, y al salir vio una patrulla de policías que se llevaba al par del auto verde, pues resultó que eran delincuentes muy buscados que se dedicaban al secuestro y la extorsión.

Esos tipos nunca supieron ni por dónde les cayó la detención, y me alegro de que hayan retirado a esa escoria. Por eso digo que no siempre ha sido inútil tener este sentido, he querido creer que lo tengo para algo en especial, quiero convencerme de que puedo servir a través de este don. Eso he deseado creer siempre, aunque llevarlo conmigo no sea fácil.

He citado estos casos únicamente como ejemplo de lo que mi mente puede hacer con sus dotes clarividentes, pero sucedieron muchas más cosas de este tipo que serían interminables de contar y que, además, ni vienen al caso. A lo que voy es a un tema

concreto que me preocupa mucho y que me motiva a llevar este cuadernillo y narrarlo todo, quizá para comprender mejor qué ha estado sucediendo durante estos dos últimos años, aun a riesgo de recaer en una crisis.

Hace tiempo, desde antes de cumplir los dieciocho, mi hermano Guillermo, quien se había vuelto muy sociable y amiguelo, salía con chavas, con sus cuates y, como a cualquier otro muchacho de su edad, le gustaban las discos, el cine, el boliche y todos esos lugares de reunión.

Un día se puso de acuerdo con sus amigos de la prepa para reunirse el fin de semana, cosa que no era poco común, porque salían de fiesta casi cada viernes o sábado. Esa vez, como siempre, querían ir a divertirse a un antro. Mi hermano llamó a Cristi, su novia desde la secundaria. Ella era una muchacha muy bonita de enormes ojos grises, delgadísima, con el cabello rubio y largo y a la que su papá le había regalado un carrazo deportivo en su último cumpleaños.

Se fueron en el coche de Cristi. Al regreso del antro tomaron la autopista a muy alta velocidad, dicen los peritos, lo que les hizo perder el control del vehículo y sufrir un tremendo accidente; sin poder frenar se salieron de la autopista y fueron a dar al lado contrario de la misma, por la que venían otros autos y un trailer, también a gran velocidad, que los arrolló acabando con su vida en cuestión de segundos.

Murieron en ese accidente mi hermano Guillermo, Cristina, Hugo y Alejandro, y sus novias Verónica y Michelle. Todos quedaron prácticamente destrozados, ninguno se salvó. Ya han pasado dos años.

¿Quién me avisó en esa ocasión? ¿Qué soñé la noche anterior? ¿Por qué no los previne? Y es que nada, absolutamente nada me avisó. Esta vez no hubo presagios, no hubo sueños ni visiones, ni siquiera un vago recuerdo de algún sueño que me hubiera puesto sobre aviso. Sencillamente mi instinto especial ahora no había

servido de nada. Mi mamá siempre me lo recriminó, ¿por qué, si podía prevenir y utilizar mis dotes para ayudar a los demás, no lo había hecho por mi familia? ¿Qué no veía que se trataba de mi hermano? ¿Cómo es que no evité el accidente de Guillermo?

Ojalá hubiera recibido algún aviso, de inmediato lo habría puesto al tanto, pero no fue así, y eso es algo que siempre he tenido en la conciencia. Tanto me afectó la tragedia, aunado a que no pude hacer nada, que caí en una severa depresión que no me permitía funcionar adecuadamente.

Dejé de dormir, perdí el apetito, tuve ataques de llanto y de nervios. Recuerdo que no era completamente yo, sino que me sentía como otra persona, como si un ente hubiera tomado posesión de mi cuerpo y me dominara en todo. Daba gritos por la casa y me desesperaba. Otras veces me sumía en profundos silencios, permanecía inerte por horas. En las mañanas me costaba tal trabajo dejar la cama, que aunque ya hubiera despertado estaba con los ojos abiertos mirando a mi alrededor con la mente en blanco sin pensar en nada.

Esos días eran tremendos: no podía siquiera pensar en levantarme, en ir a la universidad, falté muchas veces y cuando iba no prestaba la menor atención a las clases. Cuando estaba en casa me pasaba dos, tres días sin tomar un baño, sin cambiarme de ropa, con el pelo enredado por la espalda; más que existir, vegetaba, no podía ayudarme a mí misma. Sobra decir que en todo este tiempo no tuve ni una sola premonición acerca de nada y perdí la noción del tiempo, muchas cosas ni siquiera las recuerdo con claridad.

La histeria de mi madre aumentaba el dolor y la soledad que sentía. Siempre que podía, ella me echaba en cara que no hubiera ayudado a Guillermo, como si ésa hubiera sido mi obligación, como si mi don de pronto se hubiera convertido en un sentido tan normal, que lo anormal era no tener presagios.

Cierta vez que ella me recriminaba, como siempre, mi papá no lo resistió más y la enfrentó. Tuvieron una fuerte discusión, y mi papá

le dijo que si había alguien inocente en todo aquello, ésa era yo; que Guillermo debió haber manejado con precaución, que no debieron ingerir alcohol y que no me volviera a mencionar el asunto.

A los pocos días mi papá me convenció de ir al psicólogo para recibir tratamiento, porque la depresión que tenía podía ser tan peligrosa como el accidente de mi hermano.

Entonces conocí a Sonia, una psicóloga muy agradable y muy joven. Paso a paso me fue llevando en mi tratamiento. Fue conociendo mi historia, trabajando conmigo y sacándome de esa tristeza tan grande que sentía. También tuvo reuniones con toda la familia para tratar el problema de raíz. A esas alturas, mi mamá ya se había tranquilizado bastante y se había unido, al igual que mi papá, a un grupo de oración que les ayudó mucho.

Con Sonia comprendí que no tenía la obligación de adivinar todos los sucesos que pudieran rodear a mi familia o a mí, que tal vez se trataba más de un agudo subconsciente que lo registraba todo —y sobre esa base de datos trabajaba para predecir cosas que son predecibles, a manera de una computadora en la que se capturan ciertos datos, se hacen ecuaciones y da resultados exactos—, que de un poder sobrenatural.

Esto puede o no puede ser, todavía tengo mis dudas; sin embargo, el hecho de ver el problema desde otra perspectiva me daba una visión más amplia de las cosas y, por lo tanto, desvanecía mi sentimiento de culpabilidad y frustración ante la muerte de mi hermano Guillermo.

La psicóloga me ayudó a llevar mi duelo con cierta paz y como cualquier persona normal; asimismo, hubo varias sesiones en que mis padres también asistieron para vivir conmigo este proceso y comprender juntos que yo no era la responsable de nada de lo que hubiera pasado o pudiera pasar. Al parecer, mi madre lo comprendió bastante bien.

Regresé a la universidad y seguí estudiando como anteriormente lo hacía. En ese periodo no tuve mayor problema. Claro que

seguía sintiéndome triste, pero era la tristeza natural que se siente con la pérdida de un ser tan cercano y querido como lo es mi hermano, y digo *es* porque tengo la certeza de que él aún existe.

Todo parecía ser nuevamente normal, hasta que hace unos meses mi hermano y yo tuvimos el primer “contacto”, por llamarlo de alguna manera. Todavía me afecta el recuerdo de esa experiencia. Estando una noche a punto de conciliar el sueño, escuché la voz de mi hermano que repetía una y otra vez mi nombre. Abrí los ojos y lo vi de pie junto a mi cama. En ese momento no sé qué me pasaba, por qué no podía recordar que él ya no estaba con nosotros, que Guillermo había muerto. No entiendo aún por qué no reaccioné ni siquiera con sobresalto; lo vi tan natural como si se hubiera levantado de su cama, salido de su recámara y venido hasta la mía. Le dije: “Qué, ¿no puedes dormir?” Él me dijo que no estaba dormido, después paseó la mirada por la habitación y preguntó: “¿Dónde están mis papás? No los puedo encontrar”. “¿Mis papás? –dije yo–, están dormidos. ¿Qué te pasa, qué necesitas?” “Nada, es que ya fui a su recámara y no los veo ahí, quisiera verlos...” “No, no, no, vete a dormir ya, mañana los verás, acuéstate que no vas a poder madrugar y tienes clases.” “Necesito que alguien me escuche”, dijo angustiado. “¿Quieres hablar?” Respondió que sí y me incorporé para encender la luz del buró.

En ese momento distinguí su figura sólo por una fracción de segundo y se disolvió para desaparecer. Empecé a masajear mi frente y mis ojos con la palma de la mano y traté de comprender lo que pasaba, de cerciorarme de que no había estado soñando. También comprendí que no podía haber sucedido, que no pude haber estado hablando con Guillermo. Ya habían pasado varios meses de su muerte y estaba demasiado consciente de eso.

No había sido un sueño. Guillermo había dejado su reloj de pulsera sobre el buró, el reloj que después del funeral habíamos regalado a Manuel, uno de sus mejores amigos! Esto no era posible,

pasé toda la noche en blanco y recordando detalle por detalle lo poco que habíamos hablado Guillermo y yo.

Recordé que dijo haber buscado a mis padres y que no los había visto, así que rápido me puse una bata y fui a asomarme a su recámara, ahí estaban los dos, durmiendo tranquilamente, ¿cómo que no los había visto?

En cuanto amaneció, llamé a Manuel, el amigo de mi hermano, y le pregunté, sin más, si traía puesto su reloj. Respondió que no, y le pedí que lo buscara, que después le explicaría. Quedé esperando unos cinco minutos en la línea del teléfono, yo ansiaba que me dijera que lo había encontrado y así deducir una explicación lógica para la aparición del reloj en mi mesa de noche. Regresó sólo para decirme que no lo encontraba, que llamaría más tarde para seguir buscándolo y luego me preguntó el por qué, sólo le dije que después le explicaría y que por favor no dejara de llamarme si lo encontraba.

Cerca del mediodía llamó Manuel algo nervioso, porque por más que había hecho no encontraba el reloj. Le pedí que viniera a mi casa cuanto antes para platicar con él. Cuando llegó, le expliqué lo que me había sucedido la noche anterior y quedó muy impresionado con el relato. Me dijo que desde que le llamé en la mañana para saber del reloj, ya había intuido algo siniestro, pero no de tal manera. Quise devolverle el reloj, pues era suyo, pero prefirió no conservarlo más. No dio explicaciones y tampoco insistí, yo tenía un problema y debía solucionarlo.

De inmediato me dirigí al consultorio de Sonia, quien me sugirió que por el momento era recomendable no decir nada a mis padres, en especial a mi madre, pues ya bastante habían sufrido; y que, por otra parte, continuar con este tipo de revelaciones no traería nada bueno para la familia.

Pero ¿cómo hacer para soportar sola esta carga? Me preocupaba que Guillermo realmente estuviera intentando comunicarse conmigo o decirnos algo. Tengo la seguridad de que hay otra vida y existe

un más allá, y cualquier cosa que mi hermano quisiera comunicarnos yo no podría transmitirla ni podría ayudarlo como quisiera.

Sonia me dijo que de cualquier modo era mejor dejar pasar esta vez y, si volviera a ocurrir, ya pensaríamos si decirlo o no a mi familia; que era muy importante que me cerciorara de que no se trataba de sueño alguno y, de ser posible, que preguntara a mi hermano qué le sucedía, porque, según ella, más bien se trataba de mi subconsciente.

Durante un tiempo no pasó nada y todo transcurrió de manera normal, digamos alrededor de un mes, hasta que una tarde, como a las siete, y mientras me encontraba en el estudio haciendo un trabajo de la universidad, me llamó una voz muy similar a la de mi hermano que decía: “Eunice, Eunice, tienes que escucharme”. Traté de convencerme de que no se trataba más que de una alucinación, de una obsesión que debía dejar pasar. No podía poner atención a cosas que, tal vez, como decía Sonia, eran provocadas por mí misma y por mi obsesión con Guillermo. Pero la voz insistía, era una voz clara que paulatinamente subía su volumen y que sonaba tan apenada, tan dolida... Era la voz de Guillermo que parecía estar sufriendo mucho.

Busqué con la mirada y no vi nada extraño. Pasaron diez minutos y volví a escucharla; esta vez me levanté de mi asiento y me dirigí hasta el fondo del estudio; ahí, en una esquina donde la luz de la lámpara del escritorio no llegaba, estaba Guillermo, es decir, la figura de Guillermo como acucillado, como cubriendo su rostro con las manos.

Otra vez, en cuanto lo vi, volví a olvidar que estaba ya muerto; no sé cómo carambas lo volví a olvidar en cuanto se materializó, y para mí seguía siendo mi hermano vivo; no entiendo aún por qué me sucedió esto, y cómo reaccioné hasta que él ya había desaparecido.

No, no estaba dormida, no han sido sueños ni alucinaciones, tengo la certeza de haber visto a mi hermano dos veces y de haber hablado con él como con cualquier otra persona viva.

Esa vez le pregunté qué le sucedía y me contestó que hacía mucho tiempo que no veía a mis padres y que los extrañaba. Me preguntó dónde se encontraban, y yo, extrañadísima, y pensando que realmente estaba con mi hermano vivo, le pregunté que cómo decía eso, si mis padres habían estado con nosotros todo el tiempo, toda nuestra vida, Guillermo me miró fijamente y después soltó el llanto. ¡Es increíble que una persona fallecida aún pueda conservar toda clase de sentimientos y pensamientos como cuando estuvo con vida!, es realmente increíble.

Me acerqué a consolarlo mientras le decía que se acercara más a la familia, que buscara el diálogo con ellos, pues pensé que se refería a la falta de comunicación. Mientras le decía esto, intenté abrazarlo y Guillermo desapareció como una voluta de humo, era totalmente efímero e inconsistente; no había ningún cuerpo en ese espacio. Entonces reaccioné y recordé lo de siempre, que él ya no estaba. Me encontraba de pie en esa área y junto a mí no había más que aire.

Para mí significó una tragedia, era comprender una vez más que él ya no estaba con nosotros y que me empezaba a fallar el cerebro. Un tiempo me quedé como extática, como ida, pero después empecé a gemir con una crisis angustiosa, sentía que las paredes se me venían encima, que todo objeto que estaba a mi alrededor me agredía... Empecé a sentir un miedo que poco a poco se fue convirtiendo en terror, el terror de lo incierto, el terror de lo desconocido... Jamás había sentido ese pavor y no sé con exactitud a qué le temía: si a la presencia de mi hermano o al haber estado hablando con un fantasma.

Continué llorando toda la tarde, lloré sin parar por la pérdida, por mi familia y por mí misma, por qué no decirlo. Tanto fue mi dolor, mi angustia, que llegó al extremo. Temblaba incontrolablemente, como convulsionada, y sudaba frío. Después sentí un desmayo, y más tarde supe que mis padres, al escucharme gritar, fueron a donde me encontraba y me ingresaron al hospital con

una crisis nerviosa aguda. El médico la diagnosticó así y recomendó mucho descanso, nada de emociones fuertes, nada de estrés... Con los días mis padres se enteraron *grosso modo* de lo que me sucedió con Guillermo, y al parecer no quieren creerlo y piensan que se trata de alucinaciones mías, producto de mi enfermedad nerviosa y no de un verdadero contacto con mi hermano.

Ahí, hospitalizada e inmóvil, escuchaba las voces y me parecían más agudas que nunca, mi sensible oído registraba cualquier sonido y lo hacía reverberar en mi cerebro. La enfermera me había administrado unos sedantes, pero el efecto ya había pasado. ¿Cuánto tiempo había permanecido ahí dormida? Nunca lo supe con exactitud, lo que sí sabía era que no quería volver a experimentar cosas tan tremendas, yo no era una médium ni quise serlo nunca.

Querétaro, Qro., a 26 de febrero de 1990

Con los días mi crisis ha cedido y recuerdo con mayor frialdad el reencuentro. Y... si verdaderamente Guillermo está tratando de decirme algo... algo que yo nunca le he dejado concluir... por tonta o por lo que sea, ya es la segunda vez que Guillermo menciona a mis padres y yo le contesto otras cosas. En adelante debo de estar prevenida, la próxima vez que me contacte debo recordar que él ya está muerto, no lo puedo olvidar por nada del mundo, es necesario conocer cuál es su problema, qué busca regresando a nosotros, qué nos quiere decir... Porque obviamente esas apariciones no son gratuitas, seguramente tienen un fundamento, una razón de ser y, siendo la única que lo ha visto, me he propuesto averiguarlo.

Lo primero que debo hacer es salir cuanto antes de este horrible lugar y para eso voy a sanar completamente, es desesperante estar en la cama, ya no sé ni cuántos días llevo aquí. Creo que esta vez estoy preparada para aceptar las apariciones de mi hermano de una manera consciente.

Querétaro, Qro., a 8 de abril de 1990

Y sucedió otra vez ayer en la madrugada. Guillermo se volvió a hacer presente y ya lo estaba esperando de un momento a otro, aunque dejó varias semanas sin manifestarse, no dejé de prepararme. Volví a verlo en mi recámara, muy cerca del sitio donde se colocó la primera vez, desde ahí repitió varias veces mi nombre hasta despertarme. Me incorporé ya prevenida y esta vez sí estuve consciente de todo en cuanto sentí su presencia. Nuestro diálogo fue más o menos el siguiente:

–Eunice... Eunice...

–Qué te pasa, Guillermo, ¿quieres decirme algo?

–Eunice, ¿por qué nadie me escucha mas que tú?

–¿A qué te refieres?

–Últimamente mis compañeros y amigos de la escuela han dado en ignorarme. Sólo he visto algunas veces a Hugo y a Alejandro. La vida, todo, es más oscura y misteriosa para mí. No he visto a mis padres desde hace mucho, ¿qué es lo que pasa, Eunice?

–Guillermo, ¿no puedes recordar nada de lo que pasó?

–No, ¿qué es lo que pasó?

–Guillermo, hace un tiempo sufriste un accidente en automóvil, ¿recuerdas?

–Sí, bueno, pero no fue un accidente grave, además ¿a qué viene eso? ¿Están molestos conmigo por aquel día?

–No, Guillermo, ¿cómo crees? No es eso, es... Bueno, ¿qué recuerdas tú de aquella noche?

–Ya ni siquiera me acuerdo muy bien, íbamos a... algo teníamos que hacer, no estoy muy seguro de lo que pasó, a lo mejor fue una pesadilla... Ya no sé, ¿pero a qué viene eso?

–No, Guillermo, no fue una pesadilla, sí sucedió fue... demasiado real. Ibas con unos amigos y con Cristina y... chocaron, se estrellaron, ¿ya recuerdas?

—Sí, sí recuerdo algo, pero ¿por qué insistes en contármelo?, ¿y quién es Cristina?

Su actitud, su voz y todo eran exactamente las mismas que tenía en vida, no había cambiado en nada. Sin embargo, me extrañó sobremanera que recordara más o menos todo excepto quién era Cristina, y en cambio tenía presentes a Hugo y a Alejandro, incluso afirmaba haberlos visto algunas veces.

—Cristina era tu novia...

—No me acuerdo de ninguna Cristina, ni siquiera recuerdo haber tenido novia... ¿De qué me estás hablando?

—En ese auto ibas con Hugo y Alejandro y también iban sus novias, tres muchachas, una de ellas era Cristina, las otras dos se llamaban Verónica y Michelle.

—Pues no las recuerdo, ¿y qué fue lo que pasó, por qué insistes en hablarme de esa noche?

—Guillermo, porque esa noche, después de ese accidente... todos murieron, incluyéndote a ti.

—¡Cómo crees! ¡Pero si yo no estoy muerto, no puedo estar muerto!

—Guillermo, ¿qué es lo que has visto en todo este tiempo?, ¿qué es lo que has vivido?

—No sé, no recuerdo mucho, he estado viviendo como entre sueños, ¡pero muerto no estoy! ¡Eso no puede ser!

Mi hermano parecía realmente enfadado con lo que escuchaba, pero ¿qué podía hacer yo? No podía decirle más que la verdad, no podía sino contarle cómo sucedieron las cosas, a pesar de que me angustiaba mucho, pero él creía que seguía vivo, y mientras estuviera en ese error no descansaría en paz, así que tenía la obligación de volverlo a la realidad; además, y evidentemente, yo era la única que podría hacerlo, al menos por ahora.

—Guillermo, acepta que tú ya no existes, no existes en el plano terrenal, el accidente fue fatal y nadie sobrevivió.

Como si aún tuviera cuerpo físico, mi hermano se sentó en actitud meditativa en la silla que tengo en la habitación y quedó en silencio. Por instantes me hizo dudar de lo que yo misma decía, porque parecía tan vivo como yo o como cualquier otra persona, no tenía cicatrices como las que le quedaron después del accidente, ni mucho menos era transparente como los novelistas han dado en hacernos creer acerca de los fantasmas o seres del más allá, Guillermo se veía tan completo, tan sólido, que hacía dudar de su muerte, aunque me llamaba la atención que traía puesta la misma ropa que usó esa fatídica noche.

—Eunice —dijo casi llorando—, es que yo me siento con vida, yo respiro, mira cómo lloro, un muerto no podría hacerlo... Tengo manos y pies y puedo moverme y hablar y caminar...

—Todos esos son sólo recuerdos de lo que un día pudiste hacer. Creo que el alma tiene memoria y recuerda perfectamente el cuerpo que poseyó y trata de imitarlo, como que el alma se acostumbra tanto al cuerpo físico que se sigue comportando como si aún lo tuviera, aunque en realidad ya no lo necesite y no exista. Mira, dame tu mano, Guillermo...

Mi hermano extendió su mano hacia la mía y cuando se la di no sentí nada, era como intentar tocar el humo, esto sirvió para convencerme, ¿pero él qué pensaba?

—Eunice —dijo—, no sé por qué no te puedo tocar, a lo mejor eres tú la que está muerta —agregó como jugando.

—A lo mejor, Guillermo... —y sonreí.

Los dos quedamos en silencio por un tiempo más y no podría decir con certeza si fueron segundos o minutos, porque finalmente ninguno de los dos comprendía nada.

Pienso que no es suficiente contar con el apoyo de mis padres o de la psicóloga, aquí debe intervenir otra disciplina, alguien que nos pueda asesorar, ayudar sin escepticismos, sin intentar psicoanalizarme para saber si estoy alucinando, porque yo sé que no, que lo que Guillermo y yo estamos pasando es una realidad y no hay

vuelta de hoja... Es necesario que alguien lo ayude a ir a donde debe estar, pienso que ya no es natural que esté aquí, que él ya debería estar viviendo otras cosas que nada tienen que ver con su vida pasada, con la vida que tenía con nosotros.

—Aún no entiendo nada —dijo finalmente—, pero sé que me ayudarás y confiaré en ti.

Después de decir esto, Guillermo desapareció.

Querétaro, Qro., a 9 de abril de 1990

Hoy por la mañana me apresuré a visitar a Sonia mi psicóloga y le platiqué lo último. Una vez más, me escuchó atentamente, y al terminar me dijo que tenía razón: se declaraba profesionalmente incapaz, pues definitivamente estábamos tratando cosas que ya no concernían a su profesión, pisábamos otros terrenos y aunque quisiera no podría ayudarme.

Desesperada recurrí a un profesor de la universidad del que sabía relacionado con gente conocedora de temas sobrenaturales. No le comenté nada acerca de mi caso ni él preguntó, simplemente me dio los datos de un conocido que está inmerso en ciertas prácticas y disciplinas relacionadas con sociedades secretas; él, a su vez, me envió con otro y... bueno, después de muchos datos y largas búsquedas, di con Augusto.

Querétaro, Qro., a 12 de abril de 1990

Es un señor alto, delgado y de cabello blanco, pero con cara de niño, sin ninguna arruga y la mirada transparente, sin marcas o huellas del pasado que delaten su edad. Se llama Augusto, me recibió en una oficina muy moderna en la que ofrece consultas, la mayoría sin costo, ya que lo que pretende es ayudar a los demás

antes que perseguir fines lucrativos. Aún no le decía nada, cuando Augusto me pidió que tomara asiento y me dijo:

—Te estaba esperando, sé a lo que vienes.

Yo, incrédula aún, guardé silencio para saber si sólo lo decía para impresionarme o si de verdad lo sabía. Pero él continuó:

—Desde que te vi entrar supe lo que buscas, no es necesario que me digas más que los detalles, tú intentas ayudar a un hermano que está confundido entre este mundo y aquél.

—¿Sí? —le dije—, seguramente el profesor de la universidad te contó mi caso.

—Por supuesto que no —dijo sonriendo—, él es sólo conocido mío. Me dices que te recomendó venir aquí, pero nunca me llamó para avisarme nada.

—Mi psicóloga está en contra de este tipo de prácticas, pero estoy desesperada.

—Seguramente tu psicóloga es como la mayoría de los doctores, creen que tienen a la ciencia y con ella el poder de Dios en sus manos, aunque en realidad sólo conozcan una mínima parte, y no lograrán avanzar mientras piensen que el cerebro del ser humano son sólo impulsos eléctricos y fenómenos químicos y físicos. Ellos ni siquiera creen en una vida más allá y, de hecho, no creen en nada para lo que no encuentren una explicación razonable o científica.

—Bueno, ¿qué más sabe de mí?

—Sé que no dudas de que puedo leerte, puesto que tú tienes también dones sobrenaturales que nadie creería y, sin embargo, ahí están. Puedes ver el pasado y el futuro, sé que intuyes cosas y que estás permanentemente receptiva, aunque en particular te preocupa tu hermano y, créeme, lo vamos a guiar juntos. Ahora quiero que me expliques los detalles, porque esos no los puedo leer, a primera vista sólo puedo conocer datos generales.

Sorprendida, le conté exclusivamente la historia de Guillermo y los últimos sucesos. Augusto escuchó con atención, preguntó,

indagó todo lo que yo pudiera haber visto y, por supuesto, se enteró al detalle de los dones de que gozo.

Al terminar mi historia, Augusto quedó un rato pensativo y después me dijo:

—Mira, Eunice, en principio no te angusties tanto. Lo sucedido no tiene nada que ver contigo, tú no tienes la culpa de nada. Si no pudiste predecir el accidente, debe haber una razón, como hay muchas, que están más allá de nosotros, que nos rebasan y nos imposibilitan comprenderlo. Ahora bien, lo que sí puedes hacer es ayudar a tu hermano, él mismo se ha dirigido a ti y te lo ha estado pidiendo.

—Es lo que me pregunto constantemente, ¿por qué Guillermo me ha buscado a mí?, ¿por qué no puede ver a mis padres y a mí sí?, ¿por qué no recuerda a su novia y dice que ve a los amigos con los que falleció?, ¿en dónde está Cristina ahora?, ¿qué es lo que sucede con mi hermano?

—Yo sé que hay muchas preguntas que se agolpan en tu mente y que no reciben respuesta, no te desesperes; cada cosa tiene su tiempo, ahora lo importante es guiar a Guillermo. Sólo para que no te quedes con la duda, y porque te siento preparada para saberlo, te adelantaré algo: Guillermo no ve a tus padres por la sencilla razón de que no son seres evolucionados, ellos son tus padres terrenales, pero no gozan de tu evolución metafísica. En pocas palabras, están demasiado apegados al mundo físico, por eso él los recuerda y los busca, pero no consigue verlos, están en un plano muy alejado del suyo. Por otra parte, a su novia no puede verla, aunque se encuentre en el mismo plano que él, porque en realidad era un amor egoísta, sin raíces formales, inmaduro, un amor de adolescentes, y que sí pueda ver a sus amigos sólo significa que eran mucho más importantes en su vida que su propia novia; ella, por su parte, estará quizá buscando su propio rumbo o ya habrá llegado... Y ahora, lo más importante, ¿qué busca Guillermo? Sencillamente retomar su camino, lo perdió en un momento,

tal vez por lo inesperado del mismo accidente, un segundo estaba con vida y al siguiente ya no. Durante la juventud no es común pensar en la muerte, y mucho menos en la propia. Tu hermano no sabe si pertenece a este mundo o a aquel, en realidad no estaba en una edad en que debiera haber muerto y le faltaron muchas tareas que concluir y muchas lecciones que aprender; por otra parte, la muerte nunca es fácil de aceptar, Guillermo no estaba preparado para esto. Te ha elegido a ti, Eunice, para guiarlo y regresarlo al camino.

—¿Y cómo puedo hacerlo, si ni yo lo conozco?

—Por eso es que estás buscando ayuda a tu vez y para eso estoy yo, te adelanto que te sorprenderás conmigo.

—¿Qué debo hacer?

—Sin impaciencia. Tienes dos opciones: prepararte para guiarlo tú misma, lo que tomará algún tiempo, o buscar a un ser de luz que lo guíe y te dé la seguridad de que lo hará con éxito. Tú eliges.

—Explícamelo mejor.

—Es relativamente sencillo, tú eres un ser de luz, aunque no lo sepas. La luz es conocimiento y elevación espiritual y tú estás llena de luz, por eso es que muchas cosas se te transparentan y las ves con claridad. Hasta ahora no has aprendido a manejar ni a sacar partido de tus poderes, aún los puedes desarrollar o simplemente ignorarlos y perderlos poco a poco. Si tú, ser de luz, te preparas, tú misma podrás guiar a tu hermano hasta el siguiente nivel.

—¿La preparación me tomará mucho tiempo y será complicada?

—El tiempo dependerá también de ti, tienes absoluta libertad para tomarlo o dejarlo.

—Y si elijo a otro ser de luz ya preparado para guiarlo ¿no será mejor?

—Sí, en cierta manera, aunque no por eso te aconsejo dejar de desarrollar tus poderes, con ellos podrás hacer mucho en beneficio no sólo tuyo, sino de los demás.

—Ahora lo que me importa es ayudar a mi hermano. ¿A cuánto ascenderán tus honorarios?

—Bien, veo que tienes prisa, pero recuerda que la prisa no siempre es buena consejera. Piénsalo bien, tú misma lo podrás ayudar y, de hecho, en buena parte tendrás que hacerlo, aún con la ayuda de otro ser. En cuanto a honorarios, yo no vivo de esto, no le cobro a nadie, estoy cumpliendo con una misión para la que nací, para mí es suficiente satisfacción ver que la naturaleza retome su curso cuando lo pierde.

—El ser de luz del que me habla ¿es un profesional?

—Más que profesional, él ya cruzó la línea, nuestra labor será localizarlo.

Querétaro, Qro., a 14 de abril de 1990

Lo estuve pensando todo el día de ayer y por la mañana aún no sabía qué hacer, aún no comprendía bien cuál sería mi misión. Quedé de regresar con Augusto en cuanto encontrara una respuesta. Él, por otra parte, es un ser que me parece tan familiar, me da tanta confianza... A veces es como si ya lo conociera... Más bien, es como si nos conociéramos desde hace mucho...

Saliendo de la universidad regresé a donde Augusto decidida a darle una respuesta. Lo encontré meditando en su estudio.

—Hola, Augusto —dije.

—Eunice, siéntate, no tenemos tiempo qué perder, tu hermano está sufriendo.

—Es que ayer no pude...

—No me expliques nada, vamos a ayudar a Guillermo y comenzaremos por decidir si tú lo guiarás.

—No, yo no quiero, no sabría hacerlo y me interesa que todo salga bien.

—Entonces localizaremos a ese ser de luz. No te atemorices por lo que escuches o veas, esto es el mundo metafísico y de alguna manera ya has estado en contacto con él por medio de tus dotes.

¿Para qué contar la intensa preparación que durante días me dio para ayudar a Guillermo? Aunque Augusto dice que tengo facilidad para esto, fue una preparación bastante complicada.

Querétaro, Qro., a 22 de mayo de 1990

Cuando Augusto consideró que estaba lo suficientemente preparada para esto, me hizo sentarme en unos cojines que tiene en el piso; la estancia estaba casi en penumbra. Augusto se sentó en la orilla opuesta de la habitación y comenzó a concentrarse, me pidió que cerrara los ojos, que respirara profundamente e intentara concentrarme, así lo hice. Estoy verdaderamente impresionada; en cuanto respiré profundo y cerré los ojos, apenas unos segundos después, vi imágenes de abismos surcados por puentes de luz que convergían entre sí, eso era casi un espectáculo. Reconocí que Augusto me estaba transmitiendo a mí las imágenes que él generaba o recibía, aún no lo sé bien.

Cada vez veía con mayor nitidez esas imágenes, era como estar allí. Augusto se mantenía en silencio, logré olvidarme por completo de que estábamos sentados en esa estancia, de alguna manera nos habíamos transportado a aquel sitio extraño y aguardábamos.

Aquellos abismos oscuros fueron adquiriendo una tonalidad lila y los puentes se hicieron cada vez más luminosos; sin embargo, no se veían sólidos, estaban como formados por nubes, entonces vi a Augusto caminando sobre uno de aquellos puentes y yo estaba situada sobre otro, ¡los dos estábamos dentro de aquel paisaje! Ahí, Augusto me dijo que aún debíamos aguardar en meditación

y que ésta debía consistir en Guillermo, nuestro único pensamiento sería ayudar a Guillermo.

Por un rato más no emitimos ningún sonido, el ambiente mismo era tan quieto que su silencio llegaba a lastimar los oídos. Del ángulo más lejano de otro puente una silueta humana se acercaba como flotando. Augusto me dijo que nos situáramos los dos exactamente en el punto donde convergían los caminos. Yo sentía que caminaba, Augusto se deslizaba. El personaje seguía acercándose.

Una vez en el punto convergente, llegó el personaje que vi desde lejos y se ubicó en el mismo punto frente a nosotros. Era una especie de anciano con cara de sabio que vestía de blanco, los tres formamos un triángulo.

—Él —me dijo Augusto— es el ser de luz al que hemos estado llamando —y dirigiéndose a él le dijo—: —Ser de luz, buscamos tu ayuda, queremos que localices a Guillermo y lo guíes hasta el siguiente plano, porque se perdió.

—¿Cuál es tu nexa con él?

—Ella es su hermana terrena que solicitó mi ayuda, la llaman Eunice.

—Eunice —dijo dirigiéndose a mí—, ¿cómo sabes que tu hermano está perdido?

—Él me ha buscado. Murió en un accidente y ha venido a verme, cree que sigue vivo, aunque ya le he explicado que está muerto.

—¿Sabes si solamente se ha comunicado contigo?

—Creo que sí, buscó también a mis padres, pero no los pudo ver.

—Dame tus manos —dijo el ser, y yo se las extendí y olvidé que todo eso era como un sueño, olvidé que estaba sentada en una estancia de un edificio cualquiera de la ciudad.

El ser tomó mis manos y sentí las suyas, que eran tibias, con la temperatura de cualquier ser terrenal, sin diferencia.

—Ahora danos tus manos —le dijo a Augusto, quien también las extendió.

El sabio, con los ojos entornados, hizo una especie de oración en una lengua extraña. Augusto y yo también cerramos los ojos. Al finalizar este ritual, el sabio llamó a mi hermano por su nombre varias veces. Me pidió que yo misma lo llamara. Permanecemos con las manos enlazadas y abrí los ojos para ver qué sucedía. El sabio y Augusto seguían en la misma actitud. Finalmente el sabio me dijo desprendiendo mis manos de las suyas:

—Tu hermano está muy desorientado, escuchó su nombre pero no puede llegar hasta acá, ustedes han agotado hoy todas las energías con que contaban y deben regresar, vengan cuando se hayan repuesto; lo que sigue es más fuerte y requerirán de mucha energía espiritual.

Volví a abrir los ojos y me encontré otra vez en la estancia en que estábamos sentados Augusto y yo.

Me sentía agotada, como si hubiera hecho un ejercicio extenuante, tenía hambre, sed, sueño y muchísimo cansancio. Augusto me dijo que para recuperar fuerzas debía descansar todo el día de mañana y hacer meditaciones, él mismo me explicó cómo.

Querétaro, Qro., a 24 de mayo de 1990

Ayer hice las meditaciones y me siento mucho más recuperada, aunque sumamente impresionada por lo sucedido. Parece haber sido un sueño, no sé cómo pasó, pero es tan irreal, tan fantástico...

Hoy por la mañana regresé con Augusto, es urgente que ayude a mi hermano. Augusto me dijo que lo de anteayer no había sido ni fantasía ni sueño, no habíamos estado dormidos y la prueba estaba en que habíamos regresado exhaustos de aquella sesión. Pero, me dijo, ahora vendría lo más complicado, el ser de luz que localizamos ya se había dado a la tarea de ayudarnos, pues ésa era una de sus labores, pero debíamos poner más de nuestra parte. —¿Trajiste la fotografía de Guillermo? —preguntó.

Le entregué una fotografía de mi hermano, sonriente en la orilla de la alberca, en una de sus últimas reuniones en la casa con sus amigos.

—Tal como lo esperaba —dijo Augusto—, tu hermano es demasiado joven.

—Era —dije yo.

—Es, Eunice, tu hermano aún existe.

—Bueno, eso sí, perdón, es que... No me acostumbro.

—No te preocupes, pero hay que formarnos poco a poco esa idea, la idea de que Guillermo está casi vivo y solamente se encuentra habitando en el plano intermedio. Ahora debemos concentrarnos en él, en la imagen que tenía físicamente para llamarlo. Pon toda tu atención en sus ojos, Eunice, recuerda muy bien su mirada, memorízala perfectamente y cuando iniciemos la concentración no dejes de verlos en tu mente.

Iniciamos una vez más la meditación y tenía yo los ojos de mi hermano clavados en mi mente, aunque de repente sentía que se alejaban o se me borraban y volvía a esforzarme en recordarlos con exactitud.

Augusto me dijo que ahora dejara de ver los ojos de mi hermano, que ya de alguna manera estaba siendo llamado por nosotros. Seguimos meditando y llegamos al mismo paisaje de la vez anterior. Los caminos eran iguales, con abismos alrededor de colores violáceos. Nos volvimos a unir en los puntos convergentes de los puentes y llegó una vez más aquel ser de luz parecido a un sabio. Sin decir palabra, con sólo un ademán solicitó nuestras manos; una vez unidos los tres, el ser de luz invocó mentalmente a Guillermo. Sé que fue sin palabras como lo llamó, y sin embargo lo escuché, estaba desarrollando poderes totalmente inconcebibles para mí.

Repentinamente los abismos fueron cambiando sus tonalidades por grisáceas y rojizas, los tonos violeta habían desaparecido. Sentí una especie de emoción, sentí por un instante como si me

fuera a reencontrar con mi hermano y que al fin retomaría su camino.

Se sintió y escuchó una especie de vibración que subía paulatinamente de intensidad. Augusto me solicitó recordar una vez más la imagen de Guillermo, con especial concentración en sus ojos. Así lo hice, recordé a mi hermano con tal claridad como no lo había logrado momentos antes.

A partir de nuestro encuentro con el sabio, todos nuestros diálogos comenzaron a ser mentales, telepáticos, no fue como la primera vez que dialogamos. Así, sin mediar palabra, el sabio me pidió que llamara a mi hermano suavemente para no sobresaltarlo, y empecé a repetir mentalmente: “Guillermo, hermano, escúchanos...” El sabio continuó: “...te llamamos hasta aquí, ven a la luz, regresa a tu camino, sal de esas sombras, ven, Guillermo, Eunice tu hermana te ayudará a salir de ese ciclo”, después repitió una serie de plegarias en la lengua extraña que utilizó la primera vez. Luego le dijo a Augusto que orara. Él empezó a utilizar también ese lenguaje extraño que no se parecía a ningún otro de los conocidos. Después, los tres nos concentramos en la imagen de sus ojos y vimos cómo apareció Guillermo cruzando por uno de los puentes con lentitud y con la actitud de quien no sabe a dónde se dirige, se veía confundido.

Comenzamos a invocarlo con mayor fuerza, y el sabio repitió una vez más el primer llamado pidiéndole que se acercara a la luz y saliera de las sombras a las que se dirigía. Después de verlo, mi energía y fuerza mental aumentaron y me pude concentrar cada vez más.

Apretamos más nuestras manos y repetimos la plegaria. De pronto me encontraba diciendo las mismas palabras extrañas que Augusto y que el sabio, y comprendía su significado: “Guillermo, te llamamos por tu verdadero nombre para que vengas hasta la luz y encuentres al guía que te espera para recorrer el camino hacia este plano. Guillermo, estás en un nuevo plano, reconoce que debes venir”.

Después de esta oración vimos otra vez la figura de mi hermano, recorrió de regreso el puente y se acercó con lentitud hasta donde estábamos, se detuvo y nos miró confundido. Noté que no me reconoció y el sabio me dijo que le hablara telepáticamente y le dijera lo que sucedía. Lo miré a los ojos y le dije:

–Guillermo, estoy con un ser de luz que te guiará hasta el siguiente plano. Tú ya no estás vivo, has perdido el camino.

–¿Qué hacemos aquí, Eunice? ¿Por qué me estás diciendo esto? ¡Claro que estoy vivo! ¡Por Dios! ¿Qué es lo que te pasa? –dijo Guillermo sorprendido–, ¿sabes dónde están mis papás?

–Están en la Tierra.

–Entonces... ¿es cierto que estoy muerto, Eunice?

–Sí, Guillermo, pero estamos tratando de ayudarte...

–¿Y cómo es que hablo contigo?

–Porque vinimos a donde tú estás para llevarte a tu casa.

El sabio continuó:

–Eres ahora de la luz y te conduciré conmigo, acepta que ya no estás en el mundo, acepta que te has perdido. Ven conmigo.

–¿Quién es usted?

–Ven conmigo, Guillermo, yo te conduciré.

–Guillermo, confía en él –intervine yo.

–Pero ¿quién es? ¿Por qué estamos aquí?

–Yo soy tu guía, el guía que buscabas.

Al decir esto, el sabio extendió las manos hacia mi hermano que continuaba perplejo. El ser volvió a alargar sus brazos hacia él y lo miró con profunda ternura.

La cara de Guillermo se tornó más confiada hacia el sabio, caminó hasta él y le extendió las manos. Los dos se tomaron y el sabio volteó a mirarme, Guillermo también lo hizo y en ese instante me dijo como reaccionando: “¡Eunice, gracias, Eunice, por ayudarme a despertar!” Me tendió las dos manos y me sentí emocionada, nos abrazamos durante un buen tiempo mi hermano y yo. Cuando nos separamos el sabio lo tomó por los hombros

y comenzaron a flotar y a alejarse. Augusto y yo nos quedamos contemplando hasta que se desvanecieron. Augusto volteó hacia mí y me dijo: “Ahora debemos regresar”.

Experimenté una infinita tristeza por haber visto que mi hermano se iba. Por otra parte sentí una gran paz al darme cuenta de que el más allá existe y que es mucho más hermoso de lo que imaginamos.

Querétaro, Qro., a 27 de junio de 1990

No sé ni cómo ocurrió todo, fue demasiado rápido. Lo que pretendo es comprenderme a mí misma. He leído lo que escribí. La relación de este caso que me agobiaba y que me sigue intrigando la he escrito precisamente para entenderlo mucho mejor e intentar ubicarme desde otra perspectiva. Cuando terminé tomé una decisión: no volver a tocar esos aspectos tan misteriosos, no involucrarme nunca más con fuerzas desconocidas y que están fuera de nuestro plano porque lo considero peligroso; incluso aunque se hiciera necesario.

Comprendí que, además de estar más allá de toda lógica y de ser cuestiones que escapan a mi control, si la mayoría de los seres humanos no gozan de estas dotes, es por alguna razón desconocida.

Por otra parte, no es mi intención narrar a nadie acerca de estos sucesos, porque es tan misterioso e incomprensible que difícilmente se cree. Lo más importante está hecho: haber ayudado a Guillermo a resolver sus problemas y que esté en paz. Tal vez sólo con este fin me fueron dadas estas dotes, como un día dijo Augusto; no lo sé.

En cuanto a mis padres, he procurado no angustiarlos más con el tema de Guillermo, pues todavía están demasiado sensibles para hablar de mi hermano con alegría.

A Augusto no lo veré más, aunque le estoy profundamente agradecida. Él me invita a sumarme a su asociación, pero mis planes son terminar mi carrera y dedicarme a lo mío; no más mundos misteriosos. Si en el futuro continúo experimentando este tipo de fenómenos, sobre todo en cuanto a premoniciones se refiere, lo dejaré pasar, no intentaré evitar nada ni diré una palabra. No quiero ser considerada como un fenómeno y que se me exija conocer ciertas cosas, porque tampoco es justo para mí.

Adiós, Guillermo, sé que nos reencontraremos algún día.

Querétaro, Qro., a 5 de agosto de 1992

Ya me gradué de la universidad y me siento muy emocionada. Ha pasado más de un año de lo ocurrido y me siento bastante repuesta. He conservado por bastante tiempo este relato y lo he leído por última vez sólo para deshacerme de él, me siento completamente curada. Sonia me ha ayudado más de lo esperado y se lo agradezco, sólo con su ayuda pude salir adelante con mis estudios.

Ahora estoy planeando mi próxima boda. José Luis, mi novio, estudió también conmigo y nunca conoció nada de mis dotes paranormales, además de que no he vuelto a presentir ni ver nada y eso me tranquiliza, no quiero que piense que soy una mujer anormal, así que entrego la custodia de este diario a una de mis mejores amigas. No quisiera destruirlo por si alguna vez siento añoranza y deseo releerlo.



Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2004

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC

